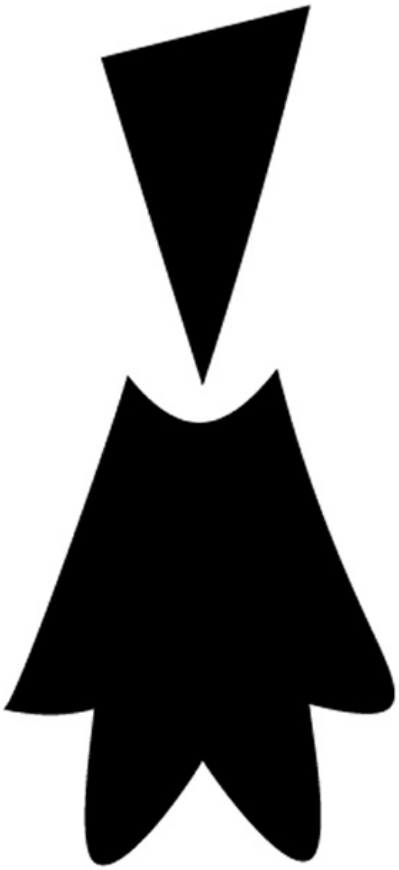
BUDIN del CIELO

María Luque



Sigilo



María Luque

Budín del cielo



Desde el balcón vi dos palomas. La hembrita iba para allá y el macho la perseguía. No les daba vergüenza hacer sus cosas enfrente de mí. El macho se le subía y la hembra movía los ojos en todas direcciones. Abría las alas y se acomodaba, parecía molesta. ¿Será grande lo que tienen las palomas? Porque se ponen tan pegaditas que no llega a verse nada. Duró un segundo, después siguieron comiendo las migas que les dejé. No sé si en ese ratito llegan a hacer un huevo. A lo mejor se le tiene que subir varias veces. No me gusta que armen los nidos en mi ventana. Me encariño con los pichones y si después no nacen fuertes se mueren. A veces les cuesta aprender a volar y se caen desde los balcones. Piensan que están listos pero no, se dan cuenta en el aire. Las palomas jóvenes sí me gustan. Si mi balcón les parece un lugar romántico para enamorarse yo las dejo.

Rosa, ¿vos sabés reconocer pájaros solo por la silueta?, me preguntó Norma hace unos días.

Ella es más joven que yo, pero tiene pésima salud. Ya no ve nada. Tiene una de esas enfermedades de la vista que te vuelven todo nebuloso. Ve bien solo para los costados. Se asusta con los movimientos, no sabe distinguir pájaros de víboras. Los gorriones saltan, como los sapitos, le dije para calmarla.

Norma está cada vez más miedosa. Su departamento no da a la calle, entonces a veces me toca la puerta. Me pregunta si hay gente, si ya está abierto el supermercado. Y yo le digo sí, Norma, hay personas, la verdulería está abierta, andá tranquila. Ella se esconde billetes en todos los bolsillos. Ya no usa cartera, sale con una bolsa de mandados rota. Dice que mientras más feas mejor, así nadie va a querer robarle. Todo le da miedo: las veredas flojas, los ladrones, la cebolla cruda.

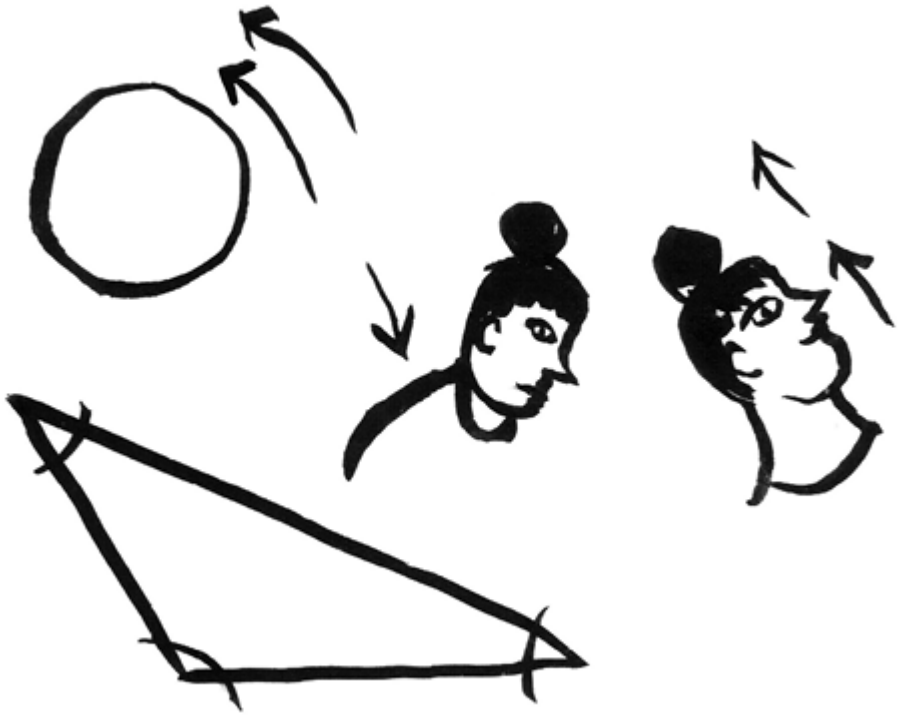
Norma piensa que estoy obsesionada con los pájaros. Dice que antes tenía historias para contarle, romances del edificio, o chismes que me enteraba

por la manicura. Mirar pájaros es más divertido que los cuentos de la manicura. Hay chismes en la vida de los pájaros también. Pero hay que estar atenta para entenderlos. Norma no tiene suficiente paciencia, yo me quedo mirando por la ventana y entiendo todo. Si el benteveo tiene un mal día porque no encuentra gusanos me doy cuenta. Canta raro el benteveo cuando tiene hambre. Se posa en la rama más alta del fresno para que lo escuchen en toda la manzana. Habla con los benteveos que están más lejos, les pregunta si ellos consiguieron cosas ricas para desayunar. Después de un ratito los benteveos de la otra cuadra le contestan. Si no pasan muchos autos llego a escucharlos. A veces le responden que ya desayunaron todos, que se están por ir a pasear. Y el benteveo de mi fresno se llena de bronca. Se le inflan los cachetes de la envidia. Baja al cantero y entierra el pico. Bien profundo lo entierra. La hembrita se queda en el nido y se disgusta. Le dice que ya desayunaron los parientes, que se apure. Lo reta desde la rama. Es brava la hembrita, no sabe esperar. El benteveo solo vuelve al nido cuando encuentra algo para llevarle, una lombriz o un escarabajo. Le cuento estas cosas a Norma, pero no le interesan mucho. Dice que yo lo invento todo, que el lenguaje de los pájaros no lo podemos entender.

Llegó una carta del consorcio. Piden plata para comprar pinchos antipalomas. Dicen que la fachada está llena de caca. ¿Servirán esos pinchos? Porque las palomas parecen tontas pero son vivas, se dan cuenta de todo. A mí me gusta que el edificio esté repleto de palomas, su canto me ayuda a dormir. Cuando me acuesto y cierro los ojos, si hay una paloma soltando ese sonido, yo me duermo. Si son varias, cantan al mismo tiempo, como los grillos o las chicharras. No tenemos otro sonido de la naturaleza cerca. Solo se escuchan autos o persianas de locales, ambulancias que pasan.

Más importante me parece comprar una goma para los escalones. Norma ya se patinó una vez, porque ese mármol está muy gastado. No quiero tener que ir al doctor por culpa del piso resbaloso. Aunque a mí me encanta ir al doctor. Todas las secretarias me conocen. Me tratan tan bien. El doctor se parece a Sandro. No es morocho, aunque debe haber sido morocho de joven. Ahora es pelado, pero tiene una cabeza redondita. De las piernas estoy mejor, de la espalda no. Me dijo que es porque paso mucho tiempo mirando para abajo. No puedo tejer más, me lo tiene prohibido. Van a quedar las bufandas sin terminar. Tampoco me deja mirar la novela desde la cama, dice que me está saliendo una jorobita.

Hizo unos dibujos en un papel para mostrarme. Me dijo que estoy encorvada, que esa joroba va a quedarse para siempre si no me siento derecha. Dibujó unos círculos y unas flechas y le dije que me recordaba a las clases de geometría. Cómo me gustaba enseñar los polígonos, hacía unos gráficos hermosos en el pizarrón. El doctor me dijo que entonces pensara en los polígonos, que tendría que pasar la mayor parte del día con el cuello recto. Me recomendó convertirme en un triángulo escaleno: con la mirada bien para arriba y la nuca hacia atrás. Dijo que así voy a dejar de estar encorvada y se me va a borrar la joroba. Pienso que son macanas. Igual me guardé el papel con los dibujos.



Norma no quiso acompañarme a misa, fui sola. No estaba el cura lindo, ahora hay uno que no me gusta. Habla lento y me distraigo. Me quedé rezando por mi cuenta. Sentada desde el banco de la primera fila puedo hacer un triángulo escaleno cuando miro hacia el altar. La iglesia tiene un techo muy alto, entonces los santitos quedan lejos. Tiro la cabeza para atrás, como me dijo el doctor. Pedí que se me vaya el dolor de las piernas y la joroba. También le pedí a santa Lucía que sane a Norma de su problema de la vista.

A la salida pasé por el parque. Hacía frío pero había lindo sol. Me senté cerca de la araucaria y el pasto estaba lleno de cotorritas, comían los restos de un pícnic. Cuando no quedó nada se fueron a las ramas más altas. Ahí arriba tenían sus casas. Llena de nidos estaba la araucaria. Para mirar cotorritas también me vuelvo un triángulo escaleno. Me quedé como un triángulo un rato largo. Algunas cotorras se querían dormir porque habían comido demasiadas migas. Las cotorritas jóvenes no tenían sueño. Me di cuenta después de mirarlas bastante: las jóvenes tenían las plumas más prolijas, más verdes. Gritaban, era un escándalo. Del nido salió un cotorrón que parecía ser el abuelo de todas. Una cara de malo tenía, las plumas medio desteñidas. No sé qué les dijo pero funcionó: las jóvenes bajaron al pasto y se quedaron en silencio.

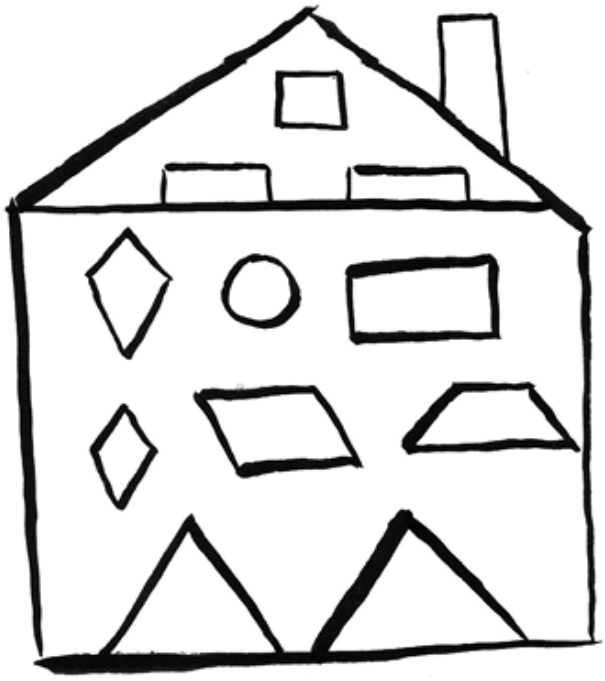
Qué hermosos mensajes me mandaron mis alumnos, todavía se acuerdan de mí. Se sacaron una foto y me la enviaron. Pero no recuerdo sus nombres. Margarita era la que escribía lindos poemas. ¿La rubia será Renata? Renata era una chica fea. Era burra y fea. Ahora se casó, trabaja en una agencia de viajes y tuvo dos pichoncitos. Había otro que se sentaba en el primer banco. Los ojos claros que tenía, le decían el Siamés. Sigue soltero, tiene una empresa de computadoras. Desde el primer banco me miraba y sonreía, nunca hacía la tarea. Pero tenía esos ojos de siamés y yo le perdonaba todo.

A Renata no. Lo que deben ser los hijos de Renata, horribles como ella.

Cuando está nublado no me dan ganas de ir al parque. Voy a dar una vuelta, porque el doctor me dijo que tengo que caminar para que mejoren mis piernas. Pero no quiero ser un triángulo escaleno cuando hace frío. Si estoy temblando no disfruto de mirar cotorritas. Entonces me dan ganas de ser un paralelogramo. Quiero estar en la cama bien tapada, quieta y con las manos al costado del cuerpo. Las piernas las pongo dobladas, inclinadas. Me quedo como un paralelogramo pensando en los ravioles de la cena. En lo ricos que estaban, lo bien que cocinan en la casa de pastas. Usan espinaca fresca, se nota.

Los triángulos son los polígonos con menos lados que puedan existir. Tres lados y tres ángulos, una figura imaginaria perfecta. ¿Cuáles son las propiedades del triángulo? Así empezaba la clase para mis pichones. Algunos me miraban desorientados, no entendían el significado de la geometría. Para que el triángulo exista tiene que haber alguien que lo piense, alguien que lo dibuje. En un papel o en un pizarrón, no importa dónde. El triángulo puede ser el principio de una casa. Un techo estupendo en lo más alto de una estructura rectangular. Por cada diagonal de la casa geométrica podrían caer gotas de lluvia, o nieve, si el invierno fuera muy frío. En el centro del triángulo dibujaría una ventana cuadrada. El triángulo y el cuadrado son buenos amigos. A veces les gusta competir pero en el fondo se tienen cariño. Debajo de la ventana cuadrada podríamos sumar dos más, para que la casa sea luminosa. El cuerpo de la casa, donde viven las matemáticas, podría formarse con todo tipo de figuras: unas ventanas diamantadas, otras con forma de paralelogramo o trapecio. Si los pichones afilan sus lápices pueden pintar esos vidrios de colores. Por dentro, la casa se irá tiñendo de un color diferente en cada habitación. Rojo para el living comedor, azul la cocina, lila el baño y celestes los dormitorios. Es importante que el dormitorio no se pinte de colores saturados, para evitar pesadillas.

Algunos alumnos eran vagos para colorear. El Siamés aseguraba que prefería vivir en una casa blanca, pero yo sabía que en realidad tenía la cartuchera desolada. Los lápices de colores le duraban el primer mes de clases, después los iba olvidando por ahí. Ponele algún color, pedile prestado a tu compañero de banco, le decía. Y el Siamés hacía unas líneas chuecas que intentaban ser ladrillos. Margarita dibujaba las casas más coloridas, agregaba jardines formados por árboles pomposos. Al final de la clase pegábamos las casas geométricas en la pared del salón. Una al lado de la otra se transformaban en una ciudad.



Podaron todos los árboles de la cuadra y los zorzales empezaron a cantar raro. La voz era la misma pero estaba entristecida. Como había menos ramas, la luz de los faroles se notaba más. Apenas se prendieron, los zorzales empezaron a cantar, como si estuviera amaneciendo. Creo que estaban confundidos. Hacían las melodías de la mañana pero a las seis de la tarde. Después de un rato notaron que el sol no salía. A mí se me partía el corazón. Debe ser difícil para el zorzal dormirse otra vez. La cuadra quedó llena de pájaros con insomnio. Les hablé desde la ventana, son faroles, no es el sol, les dije. Y me miraban con esos ojitos. Puse migas en la ventana para que fueran a comer. Entonces con la panza inflada de pan les dio sueño otra vez. Cantaron un poco más, charlaron con los zorzales del árbol de enfrente. Pero ya era un canto de resignación. Cantaron hasta que se quedaron dormidos.

Norma me tocó la puerta furiosa. Como tiene problemas en la vista desconfía de todo. Dice que en la verdulería le dan las frutas más feas, las que se están por pudrir. Me mostró un montón de bananas llenas de abollones. A mí me gusta la banana firme, no esta cosa derretida, me decía. >Yo traté de calmarla y prendí el horno para hacer un budín. El budín de banana me sale delicioso. Le serví té y la dejé quejarse. Todas mis opiniones le molestaban, ella no quería mejorar su día. Quería seguir enojada. Me decía que el verdulero se lo había hecho a propósito y yo le respondía que las bananas son difíciles de transportar. A lo mejor estaban duras cuando te las dieron, pero quedaron abajo de todo en la bolsa y se aplastaron, le dije. Ella se enfurecía cada vez más, no le gustaban mis ideas. Le puse poco azúcar al budín, porque las bananas tan pasadas son muy dulces. Norma me ayudó picando nueces y pedacitos de chocolate. Sentada en mi cocina y conversando se calmó. A ella le gusta mi cocina porque da a la calle. Envidia un poco mi balcón, desde su departamento solamente ve vecinos. Son un

montón de ventanas, todas pegaditas, parecen canales de televisión. Cada casa con sus cortinas, sus plantas, algunas son un desastre. Así Norma se enteraba de todo, se pasaba el día mirando a los vecinos. Desde que tiene el problema de la vista no sabe qué hacer con el tiempo. Porque las cosas chiquitas no las distingue y los vecinos le quedan lejos. En cambio la calle está cerca de mi ventana. Ella se pone de costado y mira con el borde de los ojos, como una palomita. Para adelante no ve nada, pero por los costados distingue formas. Le pedí que dejara las migas de las nueces en la ventana, para los gorriones.

¿A vos desde cuándo te gustan los pájaros?, me preguntó Norma.

Yo era cruel con los pájaros. Las palomas se escondían cuando me veían llegar. La casa de mis padres tenía un jardín con flores: pensamientos y conejitos. Árboles no había, pero algunos pájaros iban igual. Mis hermanos eran ya mayores y yo me aburría, nadie quería jugar conmigo. Me divertía con los bichos, pero hacía cosas malas. Juntaba pan viejo y entre las migas escondía tornillos y alfileres. La vergüenza que me da contarte esto, Norma, le dije. Ni al cura en la confesión se lo diría. Ella opinaba que eran travesuras, que todos los niños eran crueles. Me arrepiento tanto, tanto de las cosas que hice. Pájaros no sé si maté, palomas sí. Mamá siempre se quejaba, pensaba que las palomas se morían en nuestro patio por una maldición. Nunca le conté que las mataba yo. Pobres palomitas, me entristece recordar esto. Fui mala hasta que vi algo que me conmovió. Unas palomas habían armado el nido en la medianera. No estaba muy bien armado ese nido, se ve que se había juntado de apuro esa pareja. Ella puso el huevito sobre tres ramas escuálidas. Parecía un nido incómodo y frágil. Apenas se distrajeron las palomas, les tiré el huevo al piso. Primero se dio cuenta la hembra, empezó a largar unos sonidos espantosos. Nunca había escuchado a una paloma hacer ruidos así. El palomo llegó volando y ella le explicaba. Le señaló el huevito roto y el palomo giraba en círculos. Bajaron los dos a mirar el huevo roto y siguieron conversando en el pasto. A ella no se le pasaba la conmoción. En un momento, el palomo se acercó para ponerse bien pegadito. Levantó un ala y la abrazó. Él la abrazaba y ella

parecía llorar. No sé si las palomas pueden fabricar lágrimas, pero esa madre lloraba. Me impresionó tanto, me sentí muy mal ese día. Quedé impactada, se abrazaban como una pareja de verdad. Siempre quise encontrar un hombre que me abrazara así, con esa fuerza, como el palomo. Después de ver eso no volví a ser cruel.

Pero ahora también desarmás los nidos, me dijo Norma. Los desarmo antes de que pongan el huevito, le contesté.

Lo que me divertí mirando una pareja de horneros que se querían hacer la casa. Venían a robar tierra. Me dejaron las macetas con huequitos. Les gustaba sacar tierra de los malvones, se ve que era la planta más rica. La tierra se la metían en la boca, la chupaban toda. Se iban con los cachetes inflados, parecían gorditos. La casa la estaban haciendo en el poste de luz. Bajaban a buscar algún charco a la vereda. Ahí escupían la tierra de mis malvones y la volvían barro. No sé si los pájaros tienen saliva. ¿Pueden fabricar saliva los pájaros? El agua del charco les resultaba mejor. Y cuando la tierra ya estaba disuelta volvían a llenarse los cachetes. Subían otra vez hasta el poste de luz para vaciar el barro de sus bocas. La paciencia que tenían me impresionó. Horas me quedé mirando a los horneros. Pero desde el living, porque si estaba en el balcón les daba desconfianza. Mi tierra les encantó, el malvón quedó moribundo. Después tuve que ir al vivero. A la tarde hay un jardinero antipático. No le gusta hablar. Yo quería contarle la historia de los horneros pero no le importaba nada. Sola hablaba, mientras él miraba el celular. Qué maleducado que era, maleducado y feo. Me vendió una bolsa de tierra muy gruesa. Le puse al malvón hasta rellenar la maceta. Pero esa tierra gruesa no les gustó a los horneros. Nunca más volvieron.

Norma piensa que necesito una reposera. Le mostré el papel con los dibujos que hizo el doctor. Me dijo que la reposera es un triángulo escaleno natural, que si me siento en esa posición el triángulo va a ser perfecto. Las reposeras ahora son de aluminio, no pesan una tonelada como antes, opinó Norma. Entonces podría caminar las dos cuadras hasta el parque y estaría cómoda para mirar las cotorritas. Porque cuando me reclino en los bancos de madera después me queda la nuca como un ladrillo.

Norma dijo que las cotorras no le interesaban, pero igual quería acompañarme. Creo que prefiero ir sola. En el parque ya tengo otros amigos. Todos los paseadores de perros me conocen. Me saludan, saben mi nombre. Buen día, Rosa, me dicen. Les hablo a los perritos, algunos se paran en dos patas y me hacen una fiesta, mueven la cola de acá para allá. Los vendedores de tortas fritas también me conocen, a veces les compro. Me gusta tener algo dulce para tomar la leche. La merienda es mi comida preferida.

Cuando era joven me la pasaba en las confiterías. Llevaba las tareas para corregir y pedía un café con leche. Las medialunas me gustaba que chorrearan almíbar. Son hermosas cuando están bien brillantes, se ven desde lejos en la barra del bar, parecen zafiros. Algunos hombres me hablaban cuando me veían sola, varios novios conocí de esa forma. Se acercaban curiosos porque me veían escribiendo. Entonces empezaba la conversación. Les contaba que era maestra, que había estudiado magisterio. Ellos me felicitaban. Antes era más inocente, había mucha cortesía. A mí me gustaban todos los que se parecían a Sandro. Si no tenían labios carnosos ni les contestaba.

En la ferretería vi una reposera con correa. Se colgaba del hombro, como un bolsito. El ferretero me hizo probar y Norma tenía razón: muy pesada no era. Me pareció barata, la compré con la tarjeta de la jubilación.



¡Qué difícil era recordar el nombre de todos mis alumnos! Algunos cursos tenían más de veinte pichones, otros llegaban a treinta. Muchos nombres se repetían, eso a veces era una confusión. Muchos nenes se llamaban Diego, Martín y Sebastián. En el curso de Margarita había cuatro Diegos y cinco Josefinas. Los nombres no siempre combinaban con las caras. A Renata su nombre le pegaba bien, porque era feo como ella. Otra nena antipática se llamaba Rocío, ese nombre estaba mal puesto. Rocío suena a dulzura, a niña que hace bien la tarea y es prolija en su cuaderno. Esa Rocío tenía una letra espantosa, no se entendía nada cuando escribía.

Con el tiempo fui inventando algunas reglas que me ayudaban a retener tanta información, por eso no dejaba que mis alumnos se cambiaran de lugar. El Siamés se sentaba al lado de Miguel y en los bancos contiguos estaban Margarita con Paula. Esa fila para mí era:

SiMiMaPa

Entonces en mi mente repetía *simimapa, simimapa, simimapa*. Hasta el día de hoy lo recuerdo, era una técnica infalible. Otra era asociar a los pichones con famosos. Si había una Sofía, pensaba en la Loren, a Marcelo lo relacionaba con Mastroianni, y así.

Mi nombre estuvo bien elegido. La rosa es la flor más linda del jardín. Además contiene muchos colores: hay rosas rojas, blancas, amarillas, naranjas. Y también es mi canción preferida de Sandro. Me gusta imaginar que él la escribió pensando en mí, aunque nunca nos hayamos conocido.

Rosa, Rosa tan maravillosa.

¿Cómo habrá hecho Sandro para recordar el nombre de todas sus novias? Quizás usaba alguna regla como las que inventaba yo.

Llovió tres días seguidos y quedó la reposera sin estrenar. La puse en el living, al lado de la ventana. Se pueden hacer varios tipos de triángulo con la reposera. La primera posición del respaldo forma un triángulo equilátero. Esa es la manera más frecuente de sentarse. Con la espalda derecha y las manos sobre las piernas, como una señora fina, así me siento siempre yo. Si se mueve a la siguiente posición aparece el obtusángulo. Va a servirme para mirar los pájaros que se quedan en las ramas bajas: los gorriones, los zorzales cuando tienen fiaca. La última postura es la que recomienda el doctor. El triángulo escaleno es de lo más placentero. Es casi igual de lindo que estar en la cama. Lo puse a prueba en el living, llevé una frazada y todo. Podía ver la copa del fresno y el poste de luz donde tienen la casa los horneros. Todavía no hicieron un huevo los horneros. Deben estar disfrutando de la vida de recién casados. Tanto trabajo les llevó hacer esa casa, mejor que se diviertan un poco antes de tener hijos. El benteveo no estaba por ninguna parte. Ni palomas se veían. Cuando hace tanto frío se esconden todos los pájaros. Solamente vi pasar un carancho, que iba para el lado del parque.

Si sigue lloviendo no sé qué van a comer los pájaros. Cuando llueve tanto se quedan quietos debajo de los techos. Se ponen pegaditos para darse calor. Si el doctor me permite volver a tejer, me gustaría hacer una frazada para los benteveos. La tejería con alguna lana color verde seco, tengo un cajón lleno de lana verde. Podría dejarles un ajuar en mi balcón. La frazada, unas migas de pan, semillas de girasol. Todo acomodado en una canasta hecha con ramitas. Me quedaría más tranquila si los pájaros tuvieran abrigo.

Le toqué la puerta a Norma para que viniera a mi casa a tomar un café. Con la lluvia ella no se anima a salir. Al menos que mire un poco la calle.

Preparé café pero Norma no quiso tomarlo. Ahora el café le da miedo también. Dice que cuando toma café después no duerme. El café lo preparo

liviano, igual no pude convencerla. Trajo un frasco con flores de manzanilla. Las puso en la taza con agua caliente y quedaron flotando las florcitas. Unas medialunas que chorreen almíbar sería lindo tener, le dije. Norma no quería comer nada. Le ofrecí vainillas y no quiso. Puse almendras y pasas en un cuenco y las comí todas yo. Norma estaba triste. No es buena la conversación con Norma cuando está así. Me llevaba la contra en todo, decía que mi casa era helada y mis sillas le parecían incómodas. Se sentó en la reposera y la tapé con la frazada. Se quedó quietita como un triángulo equilátero, con las manos pegadas al cuerpo. Hacía un esfuerzo entrecerrando los ojos para distinguir lo que pasaba en la calle. En la verdulería estaban descargando cajones de naranjas. Norma dijo que la lluvia iba a dejar las frutas limpias y brillantes.

Encontré el tapado divino que me había traído mi hermana de Europa. Blanco, de piel sintética, era un sueño. Con ese tapado conocí a Miguel. A Miguel lo tenía fichado, lo veía pasar cuando salía de dar clases. Él trabajaba en el ministerio, pasaba caminando apurado por la puerta de la escuela, las porteras le decían «el Lindo». Una tarde, después de las clases, entré al bar y lo vi. Estaba sentado cerca de la barra, solo. Me hice la distraída, no lo miré pero me di cuenta de que él me había visto. Las mujeres percibimos cuando un hombre nos mira. Me saqué el tapado con movimientos lentos, mis movimientos eran hermosos. Lo sabía porque podía intuir que los ojos de Miguel estaban fijos en mí. Para llamar al mozo usé el gesto que hace la bailarina de *El lago de los cisnes*, quebrando un poco la muñeca y dejando el dedo índice separado de los demás. No hacía falta gesticular tanto, porque el mozo estaba cerca y ya me había visto entrar, pero yo quería hacer gestos finos. Le puse azúcar al café, aunque prefería tomarlo amargo. Pero imaginé que si Miguel me veía revolver el café bien lento, primero en un sentido y después en el otro, se enamoraría de mí. Apenas apoyé la cucharita en el plato, Miguel se acercó a la barra para pagar. Yo hacía como que leía, pero en realidad quería escuchar lo que él hablaba con los mozos. Miguel tenía una voz de locutor que me hizo suspirar. Señorita, me dijo cuando pasó al lado de mi mesa, su café ya está pago. Otro día me gustaría invitarla a conversar. De cerca era todavía más lindo, el pelo le brillaba, debía usar champú importado. Me puse tan nerviosa que la respuesta fue un balbuceo. Miguel me dijo que iba todos los jueves en ese horario, antes de entrar al trabajo.

La semana se me hizo eterna, estaba distraída en las clases, hasta los alumnos se dieron cuenta de que me pasaba algo. Les hacía colorear el cuaderno porque estaba tan nerviosa que no podía ni resolver cuentas básicas en el pizarrón. A las porteras no les conté que iba a verme con «el Lindo». No hacía frío, pero igual volví a usar el tapado blanco. Pensé que iba

a traerme suerte. Cuando llegué al bar tenía la cara roja. Las manos hacían charcos en los bolsillos y me dieron unos escalofríos tremendos. Miguel me halagó el pelo, ese pelo negro con el blanco del tapado y tu boca roja, me decía. Qué linda que estás, vamos al teatro, me decía. Pero yo estaba roja por la fiebre. De los nervios me había dado fiebre. El resto de la conversación fue un desastre. Tiré el vaso de soda, empecé a estornudar y los ojos se me pusieron chiquitos. Miguel no fue muy educado, inventó una excusa para irse y me quedé sola en el bar. Después de la fiebre, no volvió a hablarme. Al tiempo me enteré de que estaba casado, iba por ahí sin el anillo en la mano, conquistando jovencitas. Así que en realidad me salvé, por lo menos no llegué a enamorarme. El tapado todavía lo conservo. Antes hacían la ropa con otra calidad.

Me lo puse para ir al parque. Como es tan mullido, casi no sentí la correa de la reposera colgando del hombro. Tapado de piel no combina bien con reposera, pero no me importa lo que piensen los demás. Ya no hago esos gestos de *El lago de los cisnes*, llamo al señor churrero con un movimiento relajado. Ser joven era agotador. Todo el tiempo quería ser vista, quería que me mirara un hombre, que encontrara algo único en mí. Qué trabajo era gustar. En cambio ahora uso el tapado porque me abriga, no para seducir.

Dos gorriones se acercaron. Les tiré unas migas de la torta frita que había comprado. Estaban tan contentos. Nunca habían probado una torta frita. Los gorriones se arrimaron más, los tenía pegaditos. Creo que el blanco del tapado les gustaba. Quizás me confundían con una nube esponjosa. Me miraban y daban saltitos, las migas crocantes de la torta frita les agitaron el humor. Los saltos eran cada vez más veloces, giraban en círculos alrededor de la reposera y se chocaban con las patas de aluminio. El más gordito se subió a mi zapato. Me miraba fijo y giraba la cara de un lado al otro. No tengo más migas, se acabó el recreo, le dije. El gorrión quería seguir jugando, quería comida, no le interesaba volver al salón. De golpe tuve un gorrión en cada zapato, gritaban: más migas, queremos más migas. Empecé a ponerme nerviosa porque migas no me quedaban. Sacudí un poco las manos pero ellos no se movieron. Entonces me levanté de la reposera. Del

espacio que se formaba entre el tapado y el pantalón cayeron unos pedazos perdidos de torta frita. Los gorriones pensaron que mi tapado de nube estaba fabricando comida. Se llenaron los cachetes y me agradecieron. Después sonó el timbre y volvieron a la rama.

Amigas: esto es un poema.
La flor canta, el capullo nace.
Yo canto con el oso dormilón.

Mi alumna Margarita todavía se acuerda de mí. Me mandó un mensaje con ese poema. Dice que lo escribió en cuarto grado y que yo la felicité. Ahora Margarita es escritora. Publicó un libro y va a presentarlo en el Palace Garden. Me dijo que van a ir todos mis alumnos: Renata, el Siamés, el que ahora es médico, todos. Margarita era una chica muy especial, diferente. No hacía bien las cuentas, nunca pudo aprender las tablas. Pero llenaba el cuaderno de dibujos y poemas. Le gustaba conversar conmigo porque yo le creía. Si ella decía: la flor canta, yo no sospechaba. Por supuesto que la flor canta, Margarita. Canciones hermosas canta la flor.

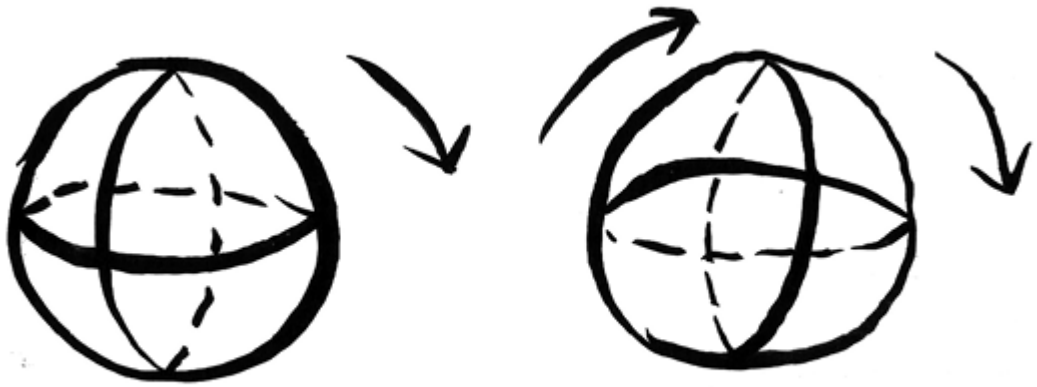
La librería del Palace Garden no es muy grande. Debe tener la misma cantidad de sillas que un salón. Margarita seguro va a sentarse en el frente, como si fuera la maestra. Y yo voy a sentarme en un banco, cerca de mis alumnos y sus parejas. Me gustaría estar del lado de los alumnos, escuchar a Margarita hablar sobre su libro, como si fuera una clase de literatura. Debe ser lindo ser alumna otra vez, tomar notas en el cuaderno, prestar atención. Después estudiar para preparar el examen y que la maestra Margarita me felicite. Voy a sentarme adelante de todo, en la primera fila. La espalda bien derecha. Cada cosa que diga Margarita voy a anotarla en mi cuaderno, va a estar orgullosa de mí. Si la maestra Margarita me pide que escriba un poema voy a elegir la lapicera más ligera. Y con azul ultramar voy a anotar:

Amigas: las flores cantan.
La hortensia me llama, pide que me apure.
El jazmín tiene sueño, no quiere despertarse.
¿Y las rosas?

Las rosas se fueron temprano a cocinar un budín.

Quisiera ser una forma geométrica diferente. Me canso de ser siempre un triángulo escaleno. Aunque la reposera de aluminio sea liviana, las dos cuadras hasta el parque me parecen larguísimas. Me gustaría ser un círculo y salir del plano. Si me convirtiera en esfera podría llegar al parque rodando. En la esfera entraría todo lo que necesito: la reposera y el tapado blanco, una mantita para las piernas, el termo y el mate. La esfera sabría esquivar los pozos y esperar el semáforo. La gente en la calle seguro se sorprendería al verla pasar. Una esfera perfecta y brillante, rodando a un ritmo sereno por la vereda. Al llegar al parque elegiría el sector con el pasto más cuidado. Saldría de la esfera de a poco, una mano primero y después la otra, como un pichón que está naciendo. En la reposera, recién salida del huevo, me quedaría quieta al sol. Es tan lindo cuando el semáforo frena los autos, se siente el sonido del parque. El escándalo principal lo hacen las cotorras. Después se escuchan los benteveos, hablan de un fresno al otro, se cuentan historias. Las palomas, si son muchas, se ponen de acuerdo y cantan al unísono. La corneta del churrero parece un pato exótico. No puedo comprar churros y tortas fritas cada vez que voy al parque. Me recomendó el doctor que tuviera una dieta liviana. Prefiero hacer mis propios budines, les agrego nueces, semillas y polenta. Entonces el budín te sorprende, las partes esponjosas se alternan con las crocantes. La lengua se pone contenta.

A los pájaros del parque les encantan mis budines. Los tordos renegridos se enloquecen cuando llevo budín. Se amontonan cerca de la reposera y me piden la receta. Trato de escribirla con la letra más prolija posible. Algunos todavía son lentos para copiar, pero les tengo mucha paciencia. ¿Dónde queda la casa de los tordos? Nunca logré ver a qué rama se van.



Las porteras tenían un talento único para poner apodos. Eran terribles, conocían la vida de todas las maestras. A mí me decían «la Favorita», porque los alumnos me amaban. Me hacían sentir vergüenza, pero igual sabía que era la verdad. La Favorita se vio con el Lindo en el bar, les decían a mis compañeras. No sé cómo hacían para enterarse de todo. Me ponía nerviosa que preguntaran por mi vida sentimental, era lo único que les interesaba saber, si había conseguido un novio. ¿Besa bien el Lindo?, me preguntaban. Si intentaba cambiar de tema era peor, porque ellas se imaginaban lo que querían. Empezaban a decir que me había besado con el Lindo y que me había desabrochado la camisa. Yo pensaba que la directora podía entrar en cualquier momento, o que algún alumno iba a escucharnos. Se me subía el calor a la cara, parecía un petirrojo. Solo paraban cuando empezaba a llorar. Después volvía a la clase con los ojos hinchados y los pichoncitos se daban cuenta. El Siamés lo notaba, sabía cuando yo estaba triste. Entonces iba al patio a buscar una naranja del árbol y la dejaba sobre mi escritorio. Cuando me llevaba naranjas yo le perdonaba todo: las faltas de ortografía, las manchas de tinta en el cuaderno, las cuentas mal hechas. Si quería que le perdonara algo más grave llenaba mi escritorio de mandarinas.

El árbol del patio era especial, había sido plantado por la fundadora del colegio y al principio daba solo limones. Cuando el tronco estuvo fuerte, a un costado le hicieron un injerto y a los pocos meses empezaron a salir también pomelos. Unos pomelos chiquitos, medio tímidos. Con las temporadas fueron ganando tamaño y sabor. La fundadora decía que el patio iba a tener el árbol más hermoso de la ciudad, y cada dos o tres años seguía agregando especies de cítricos. La escuela se hizo famosa por su árbol multifrutal. Tenía mandarinas, pomelos, limones, naranjas y limas. Era tan lindo de mirar, a los pájaros les encantaba. En la sala de maestras teníamos un exprimidor. Nos turnábamos para hacer juguitos, preparábamos unas

jarras enormes. En invierno el patio se cubría de frutas de todos colores y eran tantas que nunca llegábamos a comerlas. Cuando me cansaba de tomar jugos rallaba las cáscaras para hacer budines. Los pájaros tampoco lograban comer tantas frutas. A los gorriones les gustaba que quedaran las mandarinas aplastadas en el piso. Después de los recreos, cuando los chicos dejaban algunos gajos sin terminar, se agrupaban a chupar el jugo dulce. Se ponían contentos con las mandarinas, los pomelos y los limones ni los tocaban. El único que se animaba al pomelo era un pájaro carpintero. Primero buscaba los pomelos más gorditos y después empezaba a dar picotazos. Clavaba el pico bien profundo, hasta el corazón de la fruta. Hacía varios agujeros, uno al lado del otro, que juntos formaban una sola entrada. Cuando el pájaro carpintero lograba entrar al pomelo cerraba los ojos y se quedaba chupando. Con una pata sostenía la cáscara, para que quedara firme bajo su cuerpo, y con un ala hacía fuerza para estar bien pegado a la pulpa. El pomelo se iba debilitando con cada picotazo. El carpintero giraba abrazado al pomelo por todo el patio, poseído por el jugo. Cuando ya no quedaba nada para chupar y la cáscara había perdido su forma, el carpintero volvía a la rama. Cerraba los ojos y dormía una siesta. El pomelo descansaba solamente un momento, hasta que llegaban las hormigas.

Norma me pidió que la acompañara a la farmacia, piensa que cuando va sola le venden medicamentos vencidos. Necesitaba lágrimas para los ojos, como no pestañea nunca se le secan. Las lágrimas eran caras. Norma empezó a comparar todo lo que podría comprarse con la plata de las lágrimas: una sesión de manicura con masaje, dos entradas al cine. Le dijo al farmacéutico que las lágrimas debían estar fabricadas con agua de la Antártida. Cuando salimos la invité a tomar un café. No quiso caminar hasta el Palace Garden, fuimos al bar oscuro de nuestra cuadra. El bar es oscuro porque no está en una esquina, queda a mitad de cuadra. Entonces tiene ventanas de un solo lado y no alcanza nunca a llenarse de luz. Nos sentamos junto a la barra y Norma se puso lágrimas. Le brillaban las pupilas y por los cachetes le caían las gotas que sobraban. Estaba fascinada, le gustaba sentir el ojo mojadito. Era lindo verla sonreír, dejó de quejarse por un rato. Me contó que la vecina del tercero llamó a la municipalidad para pedir que podaran el fresno. Le molesta el polen que desprende, dice que esa alergia no la deja vivir. Norma piensa que en realidad la vecina les tiene bronca a los árboles. A mí me parece imposible que alguien se enoje con un árbol. Ese fresno es la casa del benteveo, voy a tener que avisarle que empiece a buscar otra rama, yo podría ayudarlo a embalar sus cosas para la mudanza. Soy muy buena para embalar, sobre todo las cosas frágiles, como la cristalería o las porcelanas. Voy a pedir algunas cajas en el supermercado, por si hace falta cartón.

Norma estaba tan contenta con los ojos mojados que no quería volver a su casa. Me acompañó al parque y nos convertimos en triángulos. Ella no tiene reposera, así que nos sentamos en el banco, como hacía yo antes. Pusimos el cuerpo bien adelante, con la cola en el borde del asiento y el cuello en el respaldo. Norma pensaba que era como estar en la peluquería cuando te lavan el pelo.

Las cotorras festejaban un cumpleaños. Estaban todas juntas en una rama

alta, tenían algo especial para comer. No sé si las cotorras hacen tortas y piden deseos, gritaban tanto que era imposible entender. Norma quería seguir hablando de la vecina y me distraía. Yo estaba curiosa por saber cuál era la cotorra cumpleañera. A Norma no le gusta estar en silencio y prestar atención, no paraba de hablar y me arrepentí de haberla invitado. Escuchar pájaros es una actividad que no puedo compartir.

Me quedé en el cumpleaños hasta el final. Norma se aburrió y se fue. Habían colgado una guirnalda, era una rama de Santa Rita. La mamá del cumpleañero no llevó ni sorpresitas ni piñata. Qué desconsideradas son algunas madres, piensan que las maestras podemos hacernos cargo de todo. Desde el banco les mostré unas galletitas que tenía en la cartera y vinieron todos los chicos a pedirme. Haciendo fuerza entre las manos trituré las galletitas para convertirlas en migas. Le pedí a las cotorras que se sentaran en ronda. Al principio no me hacían caso, se peleaban por ver quién quedaba justo debajo de mi brazo, querían estar cerca de la piñata. El cumpleañero gritaba más fuerte que los demás, quería conseguir las mejores migas. Cuando explotó la piñata todos abrieron las boquitas. Era una piñata un poco miserable para un curso tan grande, se quedaron con hambre. Para que pensaran en otra cosa puse una canción con mi teléfono. Intenté organizar un juego, ese donde la música se pausa de vez en cuando y los chicos se convierten en estatuas. No hubo caso, no saben quedarse quietas las cotorras. Cuando yo gritaba «estatua» todas seguían bailando, cuando apagué la música bailaban todavía más. Me imaginé que tanta azúcar les había dejado el humor alborotado. No había velitas para soplar, así que cuando llegaban los padres a buscar a sus hijos les decía que ya podían irse. Algunos chicos querían seguir jugando y lloraban cuando veían llegar a sus mamás. Cuando todos se fueron a la rama quedó el salón desordenado, había papel picado y migas por todas partes. Me hice la distraída y me fui, que acomodaran las porteras.

Empezaron las vacaciones de invierno. No vi pichoncitos por ninguna parte. En el parque estaban todas las ramas vacías. Me entristece cuando no se siente el ruido de los chicos, todo se vuelve tan tranquilo. Estaba convertida en triángulo pero no había pájaros para mirar. No sé dónde van los pájaros de vacaciones. Imagino que cambian de barrio, se van a conocer nuevos árboles. El churrero tampoco estaba, tuve que tomar los mates solos. Como no había nada para mirar en las ramas altas, dejé la reposera en posición vertical, era un triángulo equilátero. Esa es la mejor postura para tomar mate en realidad. Me quedé con la mirada aburrida, paseando de un punto al otro del pasto. El pasto es de un verde débil cuando hace frío, debo tener alguna lana del mismo color. Si no vuelven los pichoncitos pronto de sus vacaciones no sé qué voy a hacer. Hojas tampoco había para mirar, ya se cayeron todas. Cuando el semáforo frenó los autos pude escuchar un ronroneo. No era un gato, parecía más bien un rumor. Se fue aclarando y se convirtió en una voz dulce. Me paré y empecé a girar alrededor de la reposera, pero era difícil saber de dónde venía la voz. Brotaba de una altura baja y sonaba cada vez más claro. Decía:

Rosa,

Rosa,

vení.

Y después:

Rosaaaaa, alargando la vocal del final. La voz parecía tierna pero era vanidosa, sabía que su sonido era hermoso, como un canto de sirena. Empecé a avanzar pero me desorientaba fácil, la voz se reía y volvía a llamarme. Cerré los ojos para intentar guiarme solo con los oídos. Era más fácil seguirla así. Después de unos cuantos pasos el sonido se volvía macizo, tenía cuerpo y armonía. Eran varias voces superpuestas, no una sola. Cuando estuve cerca abrí los ojos: era un cantero. Había caléndulas,

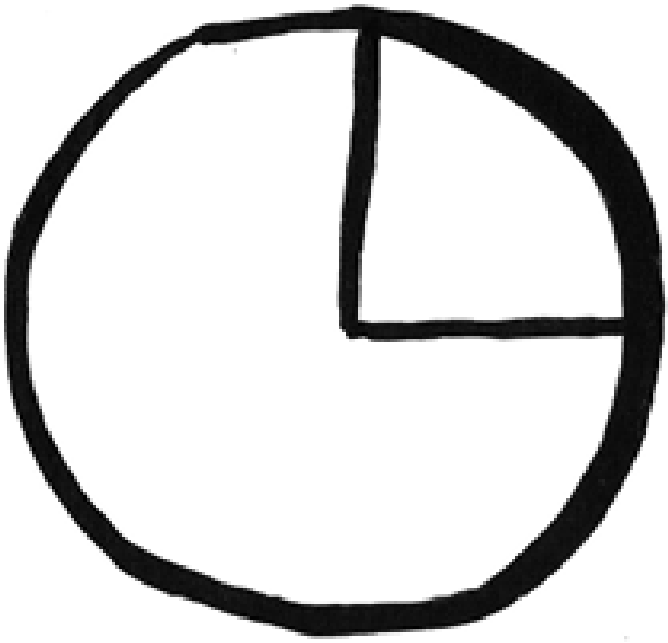
margaritas y tres rosas. Las flores sabían mi nombre. Me habían llamado para que fuera a conversar con ellas. Las rosas eran las más altas del curso. Las demás les hacían caso en todo. Tocanos, me decían, pero tocanos despacito. Me acerqué primero a las margaritas. Puse un dedo en el tallo, me parecía apresurado empezar por los pétalos. El tallo era un poco rugoso, me moví de abajo hacia arriba y la margarita se moría de risa. Me retó, dijo que así no se tocaban las flores. Le pedí que entonces me explicara cómo hacer. La rosa más alta empezó a guiarme. Solo tenía que acercar la mano despacio, y tocar en el sentido en que crecen los pétalos. A las flores no les gusta que las despeinen. Pidieron que no me acercara a la parte del centro, la guardaban para las abejas. Los pétalos de la margarita estaban tibios por el sol. Eran ligeros, se acomodaban para dejarme pasar. Mi dedo iba de un pétalo al siguiente y la flor estaba contenta. Sus compañeras pedían que me apurara, querían ser tocadas. La rosa alta decía que no les hiciera caso, que eran muy impacientes. A esa rosa había que obedecerle, hablaba con mucha seguridad. Después de acariciar todas las margaritas siguieron las caléndulas. Estaban bien naranjas, un color precioso. Eran un poco más serias, no tenían cosquillas. La primera que toqué quiso seducirme. Dijo que nunca había sentido un dedo tan suave como el mío. Sos hermosa, Rosa, tocame así, me decía. El movimiento era el mismo que había usado con las demás flores, pero para esa caléndula era especial. Cuando ya había dado toda la vuelta, tocado pétalo por pétalo, la flor empezó a desesperarse, no quería que me fuera. Por favor, seguí, una vuelta más, gritaba. No supe qué hacer, me asustaba que la rosa alta se enojara conmigo. Mi dedo quedó en el aire, dudando. La caléndula estiró el cuello y yo dejé el dedo quieto mientras ella se frotaba. No sabía que las flores podían moverse así. La caléndula disfrutaba y para mi dedo era lindo también. Sentía que con cada caricia se iba formando sobre la piel una capa encerada, como cuando se toca una vela derretida. En vez de aislar la sensación, la capa de cera volvía mi dedo más preciso. La caléndula se agitaba y pedía que por favor no me moviera. Sus compañeras estaban indignadas. Qué tiene ella de especial, gritaba una margarita. Las rosas no opinaban y eso me desorientó. Me pareció que lo

mejor era quedarme quieta con el dedo firme, y dejar que la flor hiciera todo. El movimiento parecía salir del tallo, podía subir y bajar y girar como un volante de auto. Así estuvo un buen rato, hasta que la rosa alta dijo: bueno, ya está. Todas las flores se quedaron en silencio. Pregunté quién quería ser la próxima, pero ninguna contestó.

Amanecí muerta de frío, debe ser la circulación. Me bañé con agua bien caliente. Salía tanto vapor que pensé que la gorra de plástico iba a derretirse. El pelo no lo lavo todos los días, le hace mal al cuero cabelludo. Después me puse perfume, el más rico que tengo, uno que huele a ramo de jazmines. El benteveo empezó a cantar temprano Escuché cuando le decía a su novia que necesitaban conseguir más frazadas para la noche.

Las secretarias siempre se alegran al verme llegar. Voy temprano para poder charlar con ellas, me cuentan de sus romances. El doctor me hizo pasar antes, él no se imagina cuánto me gusta estar en la sala de espera. Tenía la sonrisa fácil, todo lo que le contaba le parecía lindo. Le dije que estaba mirando mucho para arriba y que no había vuelto a tejer. Le conté de las cotorras y la reposera, opinó que eran buenas noticias. Dijo que me notaba más animada, que con la espalda recta parecía haber crecido. Cuando voy al doctor me siento una quinceañera. Me encanta que me explique el funcionamiento de mi cuerpo, como si el cuerpo lo estuviera estrenando. Si no entiendo algo lo dibuja en un papel. Debe ser pariente de Pitágoras, todo lo explica con formas geométricas. Me preguntó si tenía buena calefacción en mi casa, porque el frío puede hacerle mal a los huesos. Lo mejor sería vivir en una primavera constante, con los canteros llenos de flores y el polen intoxicando a la gente. El doctor no estaba de acuerdo, dijo que para que la primavera sea exitosa, primero tiene que hacer frío, y para que haga frío antes tiene que hacer calor. Con una lapicera negra dibujó un círculo. El año es así, circular, se repite siempre lo mismo, me decía. Dio varias vueltas con la lapicera y dibujaba el círculo mientras me miraba a los ojos. No entendí cómo hacía para que la tinta pasara siempre por el mismo punto. Parecía un dibujo hecho con un compás. El verano me lo saltaría, le dije. No me gustan los mosquitos ni la transpiración cuando me cae por las piernas, el humor se me transforma. Le pedí prestada la lapicera y al círculo

le dibujé un triángulo, quedó como una pizza a la que le faltaba una porción. Así quisiera yo que fuera el año.



Creo que Norma puede ver cuando le conviene. Apenas entró a mi casa encontró la bandeja de facturas. La mesa estaba llena de cosas pero ella fue directo a la tortita negra, su preferida. No entiendo por qué le gusta tanto. Nadie las compra y siempre están secas por dentro, parece pan viejo. Creo que Norma disfruta la sensación del azúcar en los dientes, esa arena que se te queda pegada a las encías. Yo prefiero las medialunas, no hace falta ni hojaldre, ni crema, ni manzanas, ni membrillo. La medialuna es un invento hermoso, no necesita adornos. Pero cuando compro solo medialunas Norma suspira, piensa que son aburridas. Me apuré a hacerle un té porque imaginaba el azúcar volviéndose sólido en su panza. Compré flores de manzanilla, es lo único que quiere tomar. La manzanilla se parece a la margarita, es su prima menor. Antes de poner las flores en el agua las sostuve en la mano. Mientras Norma estaba distraída comiendo quise ver si la manzanilla tenía algo para decirme. Acerqué mi mano al oído y le di tiempo a la flor. Cerré los ojos por las dudas de que la voz fuera muy sutil. La manzanilla no me habló. Pensé que debía ser porque era una flor que ya no vivía, la habían cortado de la tierra y la habían puesto a secar. No sé cuánto tiempo necesita la manzanilla para convertirse en té, pero imagino que ya no le dan ganas de charlar, va quedándose en silencio con la oscuridad.

Norma estaba fascinada porque en su ventana habían puesto los pinchos antipalomas. Ya los instalaron en todos los departamentos del contrafrente. Yo dije que prefería seguir sin pinchos y el consorcio me mandó unos mensajes horribles. La vecina del tercero, la que le tiene bronca a los árboles, dijo que mi balcón iba a convertirse en un palomar. Quisiera que las palomas piensen que mi balcón es un hotel. Podrían venir y quedarse varias noches. Les dejaría migas frescas de budín y agua con miel en un platito. La cama se la armarían ellas, podrían usar las macetas de los malvones

moribundos. Cuando les dieran ganas de tener un hijo, se buscarían una casa más grande y así quedaría el lugar libre para recibir a otra pareja. No me molestaría que mi balcón se convirtiera en el hotel de las palomas, yo podría ser muy buena conserje. Les dejaría sobre la cama recomendaciones del barrio: los árboles que tienen las hojas más tiernas, las panaderías que llenan la vereda de migas, el lugar donde el churrero estaciona su bicicleta en el parque. Son datos muy valiosos para las palomas, seguro después me dejarían una buena propina.

Me encantaba ir a hoteles cuando tenía vacaciones en la escuela. Me gustaba levantarme y buscar una confitería frente al mar, quedaba hipnotizada mirando el agua ir y venir. Las medialunas de la costa eran especiales, bien gorditas y esponjosas. A Norma no le gustan los hoteles, ella solo viaja si algún pariente la invita a su casa. Le da impresión acostarse en sábanas que usaron tantas personas antes, piensa que va a contagiarse algo en la piel.

Norma: esto es un poema.
Las palomas que dormían
en tu ventana te extrañan,
te dejaron una carta
escondida en un cajón.

Vi unas cotorras sacando ciruelas del árbol. La fuerza que tenían en el pico me impresionó, porque eran ciruelas medio verdes, no es época todavía. Las arrancaron y se amontonaron sobre el césped. Chupaban y chupaban todo el jugo, no dejaron nada. Y después de chupar todo quedaron los carozos. Ahí llegaron las palomas y dieron picotazos, no sabían que los carozos eran duros. Les dolía pero intentaban igual. Las cotorras son muy inteligentes, saben abrir sobres de mayonesa. Con la patita sostenían el sobre y con el pico la parte del borde, igual que hacemos nosotros. Rompieron el plástico y después chuparon todo, no dejaron nada. Cuando se terminó la mayonesa subieron a una rama de la araucaria. Y ahí cerraron los ojos, se quedaron haciendo la digestión. No les molestaban los gritos de las demás, se durmieron rápido. El señor del quinto piso, Julio, les llevó polenta. Se sentó en el banquito y les dio de comer. El piso se puso verde a su alrededor, todas las cotorras bajaron del árbol. Julio se reía, parecía divertido. Las hacía pelear. No debe tener ningún amigo Julio, porque siempre lo veo ahí con las cotorritas. A veces le hablo, pero no me contesta mucho. De joven debe haber sido lindo. Ahora ya no.

El horno estaba funcionando raro. Se prendía y se apagaba. Para hacer un budín tuve que agacharme muchas veces. Al final llevé la reposera y me quedé sentada haciendo fuerza contra la perilla. Logré que el budín terminara de cocinarse, pero el centro quedó un poco crudo. Estaba pálido y lo disimulé con un glaseado de limón. La parte cruda la dejé en el balcón. No entiendo cómo hacen los gorriones para darse cuenta tan rápido cuando dejo comida. Hubiera preferido que se acercaran los horneros, pero no hubo caso. Los gorriones son muy angurrientos, se les iba inflando la panza y se notaba que ya no tenían hambre, pero seguían comiendo igual. Les pedí que por favor compartieran con sus compañeros, pero no me escuchaban. Giraban alrededor del platito de porcelana y yo parecía invisible.

Señores padres:

Me dirijo a ustedes respetuosamente para que estén al tanto de lo sucedido el día de hoy. Durante el recreo hubo una pelea en el patio. Como sabrán, su hijo resultó agredido por un compañero de un grado superior. La pelea se originó por una porción de budín, pero derivó en dichos muy desagradables sobre la vida privada de los pichoncitos. Su hijo se refirió al compañero como un «robanidos, maltratador de insectos, patas de barro» y eso desató la pelea. Si bien intentamos separarlos entre las maestras y las porteras, fue imposible. Los pichones no hacían caso a nada, ni siquiera a los gritos de la directora. Lamentamos este episodio y rogamos a los señores padres que conversen con su hijo sobre buenos modales y comportamiento decente. Queda expulsado del árbol por una semana.

Atentamente,

Señorita Rosa

¿Hará calor en la librería del Palace Garden? Me probé varios vestidos pero nada me convence. Quisiera usar algo especial para la presentación del

libro de Margarita. Está anunciado frío y lloviznas por la mañana, pero a la tarde debería mejorar. Norma dijo que le gustaría acompañarme para conocer a los alumnos de los que tanto le hablo. Ella está emocionada como si fuéramos a un casamiento. Pidió un turno doble a la manicura para que nos arreglara las manos. No quería estar nerviosa, pero tantos preparativos me dieron ansiedad. Hace años que no veo a los pichoncitos, ¿me reconocerán? Si hace frío pienso usar el tapadito blanco que llevaba siempre a la escuela. De ese tapadito no pueden haberse olvidado. Yo cambié mucho pero el tapado está igual, no tiene manchas ni bolitas. Tengo que llevar algunos billetes para comprar el libro, aunque imagino que Margarita va a querer regalármelo. Quiero llegar puntual para sentarme en primera fila. Voy a decirle a Norma que vayamos antes a tomar un café. Desde la confitería podemos espiar. Apenas llegue Margarita vamos a entrar a la librería, voy a saludarla antes que nadie.

El verdulero me contó la historia de la rúcula. Parece que la rúcula tiene edades, como los árboles o las personas. Cuando la planta es bebé sus hojas tienen bordes redondeados, una forma bien lisa y ovalada. Esas ensaladas salen suaves, necesitan condimento para tener carácter. Son buenas para las personas que tienen sensibles las encías, que se molestan con el sabor amargo. Cuando es adolescente, la rúcula empieza a tener forma sinuosa. Las hojas ganan personalidad y sabor. Al llegar a la adultez, el borde de las hojas se complejiza, parece un camino de montaña lleno de curvas cerradas. A esa edad la rúcula es bien amarga, se rompe con las manos y el perfume que desprende hace arder los ojos. Esa es la rúcula favorita del verdulero, la que hace doler. Creo que prefiero la rúcula quinceañera, la que todavía va a la escuela. De esa no había, así que llevé lechuga morada.

La ensalada la preparé con muchos colores: verde, morado, amarillo y rojo. Cuando hace frío comer ensaladas me cuesta más. Entonces dejo la lechuga un rato cerca de la estufa, para sacarle la escarcha de la heladera. Empiezan a transpirar las hojas, se ponen brillantes. Recién la condimento cuando está tibia, le pongo sal, aceite y la baño en limón. ¿Los limones también hablarán, como las rosas? ¿Hablará la rúcula? Quisiera tener el oído más atento, bien alerta para escuchar las voces delicadas.

Tuve un novio que decía que yo lo había conquistado por mis orejas. Nunca nadie lo había escuchado quejarse con tanta paciencia como yo. Se llamaba Ramón, era estudiante de ingeniería. Ramón quería ser cocinero, pero todos los hombres de su familia habían sido ingenieros y lo presionaban para que continuara la tradición. Los trajes le quedaban divinos, los iba heredando de su papá. Tenía sobretodos de varios colores, los colores que usan los hombres serios: gris, negro y azul. Cuando me abrazaba yo ponía las manos entre el saco y el sobretodo y parecía una estufa, estaba calentito ahí adentro. Era pura lana italiana. Ramón me

esperaba a la salida del magisterio y mis compañeras se morían de envidia. Era estudiante pero tenía pinta de señor, con esos trajes tan caros. Ramón estaba siempre triste. Me llevaba a pasear al parque y en vez de conversar sobre el paisaje, el lago o los patos, él se quejaba sin parar. Nombraba leyes de la física que me sonaban imposibles y se angustiaba cuando se acercaban los exámenes y no había memorizado los teoremas. Era difícil consolarlo, a él le gustaba sufrir. Mis ideas le parecían ridículas y lo único que lo calmaba era cortar verduras. Entonces invitaba a sus compañeros a estudiar pero, en vez de leer los apuntes, Ramón les cocinaba un guiso. Los amigos leían en voz alta, resolvían juntos los cálculos y discutían problemas de geometría. Ramón los escuchaba y después en el examen no le iba tan mal, porque era muy inteligente, pero aprobar no lo hacía feliz. Nuestras conversaciones a veces eran un monólogo, Ramón no sabía frenar. Estuvo meses pensando cómo decirle a su padre que quería dejar la carrera, se ponía monotemático y no me prestaba atención. El noviazgo no prosperó, él necesitaba alguien que lo escuchara y yo tenía las orejas cansadas. Lo que más extrañé de Ramón fueron sus recetas. Preparaba una vinagreta especial, nunca revelaba los ingredientes.

El consorcio se puso en mi contra. Dejaron una nota en el palier diciendo que me daban una semana para cambiar de opinión. Ninguno de mis vecinos entiende por qué reniego de los pinchos antipalomas. Los pájaros del fresno me conocen y les gusta venir a mi balcón, no puedo recibirlos con esos aguijones afilados en la baranda. Los horneros están haciendo unas refacciones en su casa porque la tormenta les dañó una pared. Estuvieron investigando mis macetas, creo que les gustó la tierra del aloe vera. La casa de los horneros sería un ejemplo perfecto para dar una lección de geometría. Podría invitar a la administradora del consorcio a una clase particular de matemática en mi balcón. La clase empezaría así:

Hoy vamos a estudiar la proporción áurea. ¿Alguna vez escuchaste hablar sobre el número de oro, administradora? No importa que no sepas qué es, ya lo viste muchas veces antes sin darte cuenta. Tomá asiento en esa reposera, corré el malvón moribundo y prestá atención.

El número de oro no es un número solo, es la relación que tienen ciertos números entre sí. Es una sucesión infinita de números que empieza con el 1. La suma de dos números consecutivos siempre da como resultado el siguiente número, voy a anotarlo en el vidrio de la ventana para que entiendas mejor:

1+1=2,

2+1=3,

3+2=5,

5+3=8,

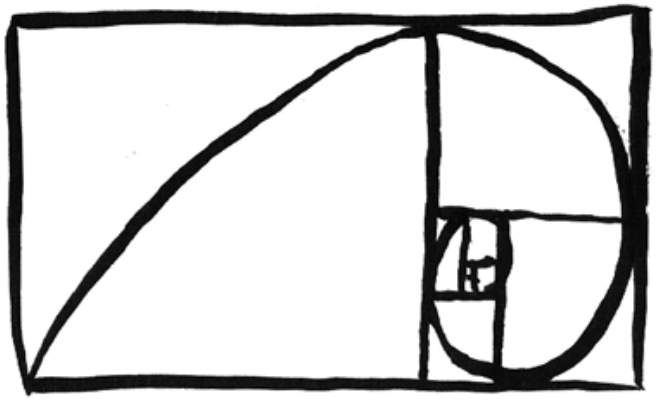
8+5=13,

13+8=21 y así hasta el infinito.

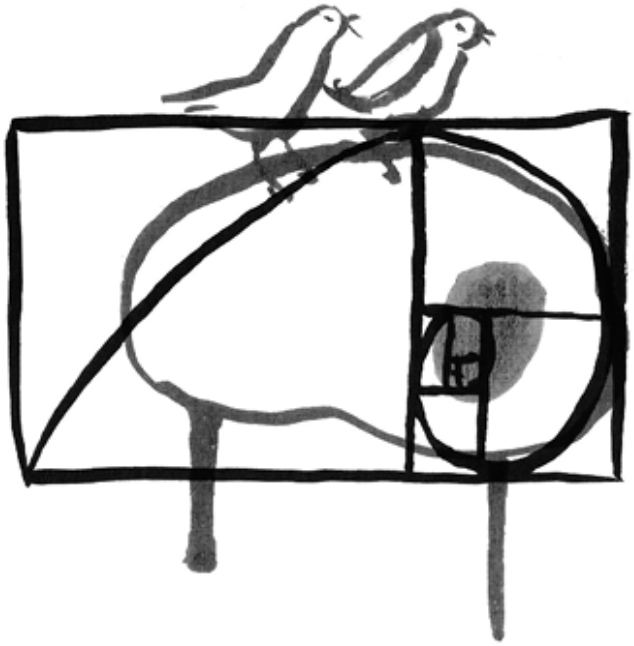
Si dividimos cada número por el anterior el resultado se aproxima al número áureo:

1,68033988749894

Cuando aplicamos esta serie de números a un rectángulo obtenemos una espiral:



Miremos ahora la casa de los horneros que está en el poste:



¿Los horneros hicieron la escuela primaria? Por supuesto que no, no les hace falta. Los horneros no saben quién fue Fibonacci, ellos entendieron el número de oro antes de que el hombre lo descubriera. Este número aparece en muchos lugares de la naturaleza: los pétalos de las flores, los caracoles y la forma de las

galaxias.

Para la clase que viene tenés que traer ejemplos de proporción áurea que encuentres en el edificio. Podés buscar en el hall de entrada, las escaleras, las boletas de la luz o el detalle de las expensas. La proporción perfecta puede estar escondida en cualquier lado. No te olvides de guardar el cuaderno en tu cartera, buen fin de semana.

Fuimos con Norma a hacernos las manos. Entre ella, las dos manicuras y yo formábamos un cuadrado. Las sillas eran cómodas, pero estuvimos todo el rato con la cabeza girada hacia un costado para charlar y después nos dolía el cuello. Las manicuras eran bastante discretas, no como la que venía a domicilio. Solo participaron de nuestra conversación cuando elegíamos esmaltes y colores. Norma quiso que le limaran la uña con forma de almendra. La manicura intentó convencerla de que la punta fuera más afinada, como un pico de montaña. El pico de montaña es más moderno, le decía. Norma no se dejó convencer. Mis uñas no estaban muy largas, dijo la manicura que iba a darme una forma redondeada clásica. Elegí un esmalte crema casi blanco, debo tener varios ovillos de lana de ese color.

Norma nunca había ido a la presentación de un libro. Quería saber si iba a ser como una conferencia de prensa, se imaginaba que en primera fila iba a estar el noticiero y los fotógrafos del diario. Por eso quería estar arreglada. Le dije que no iban a entrevistarnos a nosotras. Me preguntó si teníamos que llevar regalos para la autora. Eso pasa en los estrenos de las obras de teatro, no en las presentaciones de libros. Norma igual opinaba que yo debería llevarle un presente a Margarita, algo hecho por mí, unas galletitas o un budín. Pidió que le contara la receta del budín del cielo, que me sale tan bien. Me daba vergüenza contarlo en voz alta delante de las manicuras. Sale bien porque uso una receta de mamá. En esa época no existía el colesterol y la comida era más exagerada. La receta de budín del cielo que aprendí de mamá es así:

En un litro de leche se clarifica un kilo de azúcar, después se cuela. Se baten tres docenas de yemas hasta que se liguen y se mezclen bien. Luego se coloca la mezcla en moldecitos chicos y se cuecen a baño María. No se sacan de los moldes hasta que estén bien fríos.

Las manicuras estaban horrorizadas. ¿Tres docenas de yemas? Sí, treinta y seis yemas y un kilo de azúcar. Por eso es tan rico, por eso es del cielo, es un budín que comería un ángel. Norma dijo que era el postre más delicioso que había probado. Pensaba que era mi mejor receta, que tenía que llevar una fuente para mis alumnos. Me pareció que Norma seguía sin entender cómo iba a ser la presentación. La imaginaba como un bautismo o un cumpleaños.

Un perro empezó a ladrar y ya no pude volver a dormir. Me puse primero para un costado y después para el otro. Repasé en la mente los posibles vestuarios para la presentación del libro de Margarita, la camisa azul iba ganando. Saqué la almohada para convertirme en línea recta. Tenía los brazos pegados al cuerpo y las piernas estiradas, la columna bien derecha formaba una línea perfecta, como si todo mi cuerpo estuviera descansando sobre un renglón. El renglón de abajo era el piso con alfombra, sobresalían apenas las pantuflas y la mesa de luz. En el renglón de arriba estaba el ventilador de techo y la lámpara. Y en el siguiente la vecina del tercero, los del cuarto, la del quinto, el vecino del sexto y en otro renglón la terraza. Y si pudiéramos pegar una hoja sobre esa, entraría también la atmósfera, las nubes, las Tres Marías y la Cruz del Sur. Sería un trabajo práctico especial, esos que se dan solo en la cercanía de algún fin de semana largo, cuando los pichoncitos tienen más tiempo libre. ¿Cuántas hojas debería pegar para representar la Vía Láctea? Me entretuve paseando por los renglones pero el sueño no volvía. El perro se quedó en silencio y me concentré en los sonidos de la calle. Un auto de vez en cuando, un colectivo lejos. La brisa movía las ramas del fresno y traía una melodía. Eran solo dos notas, se repetían siempre al mismo ritmo. Decían:

Ro-saaaa,

Ro-saaaa,

Ro-saaaa

Tardé solo un momento en reconocer la voz de las flores. Era el cantero del parque, las margaritas, las caléndulas y las tres rosas altas. Tenían insomnio igual que yo.

Rosa: esto es un poema.

Son las dos de la mañana,

todos duermen en el fresno.
¿Y las flores?
Las flores siempre te esperamos.

El Siamés fue el primero en reconocerme. Seguía teniendo cara de mal alumno y ojos casi transparentes. Me sonrojé con tantos elogios, no paraba de decirme cosas lindas. Norma escuchaba fascinada, enfocaba de costado como una paloma para verle bien la cara a mis alumnos. Algunos cambiaron tanto que no logré reconocerlos. El Siamés iba llamando a los que llegaban y hacía de entrevistador. ¿Te acordás de Jorgito, Rosa? Jorgito, eran cuatro hermanos varones, fuiste maestra de todos. Yo decía que sí, pero en realidad tenía un enredo en la cabeza. Los pichoncitos revoloteaban y querían saludarme, tantas caras me marearon. La que más me sorprendió fue Renata, de ella me acuerdo porque era una chica horrible. Contestaba en las clases, se creía más inteligente que las maestras. La vi tranquila y mejorada, algo se hizo en la cara, no parecía la misma. Cuando Margarita entró al salón todos hicimos silencio. Se veía un poco nerviosa porque era su primera presentación, nunca había estado al frente de un curso tan grande. Las sillas no alcanzaron y algunas personas se sentaron en el piso. Margarita me sonrió y me tiró un beso. Yo me senté con la espalda bien derecha y presté atención toda la clase. La señora de la editorial tenía las preguntas escritas en un papel. Los alumnos prestan menos atención cuando las maestras leen. Siempre es mejor hablar y mirar a los ojos.

Contanos, Margarita. ¿Qué libros había en tu casa de la infancia? ¿Cuándo supiste que querías ser escritora? Antes de que nos respondas me gustaría leer un fragmento de Silvina Ocampo que elegiste para el epígrafe:

«A mí me gusta el otoño, es más plástico, más delicado. La primavera es como una persona muy rica que se pone todas las alhajas que tiene. En cambio en el otoño hay flores que se esconden».

Noté que algunos pichoncitos se distraían, les costaba quedarse quietos. A mí me entusiasmó saber que Margarita seguía interesada en las flores. Los

poemas que escribía en el recreo siempre hablaban sobre la naturaleza. Margarita vivía en pleno centro, cerca de la escuela. Creo que la naturaleza le atraía porque era un misterio para ella. Una vez me contó que no sabía andar en bicicleta, sus papás nunca le habían enseñado. Algún compañero la descubrió y se burlaban de ella en los recreos. Entonces Margarita se quedaba charlando conmigo en vez de salir a jugar. Me mostraba los libros que sacaba de la biblioteca y yo la alentaba a escribir. Margarita acomodaba las palabras de forma inesperada sobre el cuaderno. Decoraba los poemas con dibujos y con hojas secas que juntaba en el patio. A lo mejor ahora es escritora gracias a mí, a los consejos que yo le daba.

Margarita respondía las preguntas con tranquilidad. Mencionaron muchos personajes y un árbol genealógico que estaba impreso en la primera página del libro. En las ramas aparecían las caras dibujadas de tres generaciones. Margarita dijo que era una ficción basada en la historia de su familia. Su abuela había fundado un negocio de ropa en el que trabajaron todas sus tías y su mamá. En la novela contaba la historia de ese negocio, desde su fundación en 1956 hasta su cierre en los noventa. La señora de la editorial le preguntó por el árbol multifrutal que había en el patio de la fábrica de ropa y en ese momento el Siamés me dio un codazo. El árbol multifrutal estaba en la escuela en realidad. El Siamés sacaba de ahí las mandarinas que dejaba sobre mi escritorio cuando se portaba mal. Imagino que así funcionará la ficción: se cambian las cosas de lugar y se inventan nombres nuevos para los parientes.

Margarita empezó a firmar libros apenas terminó la presentación. Quise comprar uno para que no se viera en el compromiso de hacerme un regalo. Lo pagué con la tarjeta de la jubilación, muy caro no era. Me puse en la fila pero todos me dejaron pasar. Norma estaba pegadita a mí, quería que le presentara a mi alumna famosa. Margarita se alegró tanto al verme, me abrazó y dijo que siempre me recordaba. Su cara se puso un poco roja y dijo que tenía que hacer una confesión. En el libro aparecía una señorita que le daba clases a la protagonista. La señorita enseñaba geometría con pasión. Me dijo que en vez de Rosa se llamaba Violeta, pero que lo había escrito

pensando en mí. Violeta es un lindo nombre, le dije. Ella empezó a dedicarme el libro y Norma me pellizcaba la mano: ¡Aparecés en una novela, Rosa!

Margarita usaba una lapicera color verde oscuro y con letra redonda escribió:

Rosa: esto es un poema.
tus dibujos de polígonos
todavía existen
dentro de este libro.

Soñé con la señorita Violeta. Era igual a mí pero se vestía con colores más estridentes. La veía andando en bicicleta en el parque, daba vueltas en círculos alrededor de mi reposera. De la araucaria bajaban las cotorras y empezaban a seguirla. Volaban al mismo ritmo y formaban un remolino. La rueda de la bicicleta iba dejando un surco sobre el pasto, con cada vuelta el dibujo se hacía más profundo. Yo giraba el cuello para verla dar la vuelta entera. Violeta pedaleaba rodeada de cotorras y su ropa era del mismo verde de las plumas. Tan verde era que mis ojos empezaban a doler. Violeta frenó y las cotorras se posaron sobre sus hombros. Tenía los brazos llenos de cotorritas, pensé que podía salir volando. Me miró: tenía mis mismos ojos, mi misma boca y su voz era igual a la mía. Puso la cara que yo usaba cuando los pichoncitos sacaban mal las cuentas y me dijo:

Rosa: esto es un pedido.
Margarita tiene que saber
que entendés
el idioma de los pájaros.

No tiene explicación que el Siamés no se haya casado. Debería pensar si alguna de mis vecinas está soltera o separada. Podría organizar un pícnic en el parque para que se conozcan. Los días de sol son los preferidos de las calandrias, están viviendo en un ceibo. La casa en realidad nunca la vi, creo que las calandrias son vagas para construir, les sacan los nidos a otros pájaros. Para invadir los nidos tienen una técnica muy sofisticada. Una calandria se esconde en alguna rama tupida y empieza a imitar cantos. Saben cantar como cualquier pájaro, son expertas de la voz. Entonces si quieren ocupar la casa de un zorzal cantan como zorzal. Inventan melodías preciosas, complejas, con muchos adornos. El guardián del nido se asoma para ver qué es ese mensaje misterioso. La calandria es buena para desorientar, se esconde y marea al zorzal con un canto imposible. Cuando el zorzal está enloquecido persiguiendo la melodía, la calandria cómplice llega al nido y lo ocupa. Y las dos calandrias al unísono se mueren de risa, desordenan todo, le sacan algunas ramitas para entrar más cómodas. Se acuestan panza arriba y mezclan las carcajadas con opiniones crueles sobre el zorzal. Ahora eso tiene un nombre, se llama bullying. Cuando yo era maestra no le decíamos así, mandábamos a los malos alumnos a la dirección y escribíamos notas para que firmaran los padres. Esas calandrias deben tener unos padres espantosos. El ceibo les queda cómodo porque desde ahí vigilan todo el parque. En la casa nueva se quedarán todo el invierno, es una casa calentita, bien construida. Igual siguen practicando canto, solo por maldad, para confundir a los demás pájaros.

Estaba convertida en triángulo cerca del ceibo y pude ver una clase de práctica. La calandria se posó en la rama más florecida y empezó a demostrar su catálogo de cantos. Pasó por el canto de todas las aves del parque, era una imitadora imponente. Dejé de cebar mates para que mis movimientos no la distrajeran. Estoy segura de que se dirigía hacia mí: me

miraba fijo, era un examen. Primero cantó como benteveo, hizo todos los sonidos típicos con buena afinación.

Bicho feo,
bicho feo,
feo feo
bicho feo,
'cho feo

Después siguió imitando el canto del cardenal.

Por aquí,
aquí,
vení,
limón-limón

Yo seguía quieta y rogaba que no pasara el churrero con su corneta. Después del cardenal hizo el canto del hornero.

Sí, sí, sí señora
sí, sí, sí,
salga al balcón

Y al final estuvo un buen rato cantando como zorzal.

Me resfrié,
me resfrié,
me resfrié

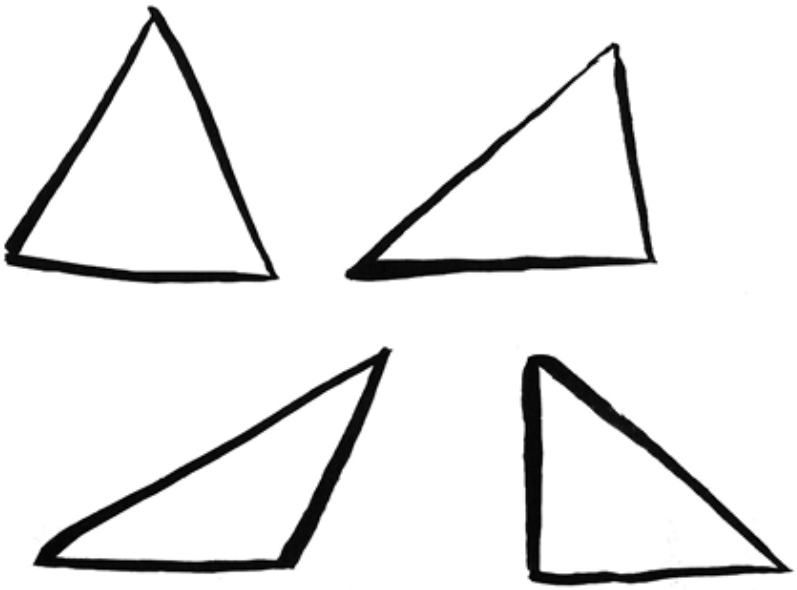
La calandria parecía no cansarse nunca. Me miraba fijo esperando que le diera mi devolución. Era una alumna soberbia, de esas que solo aceptan como nota un diez.

Empecé a leer el libro de Margarita. Leí desde la cama, convertida en triángulo equilátero. Puse dos almohadas contra la pared para tener la espalda cómoda. Tuve que esperar más de treinta páginas para que apareciera la señorita Violeta. Fue extraño leer una novela y ponerle mi cara a un personaje. Algunos rasgos se los cambié con la imaginación: las piernas

un poco más largas, los rulos perfectos. La señorita Violeta del libro era una versión estupenda de mí. Explicaba los polígonos usando metáforas que podían servir para la vida, ¿habré hecho yo eso? Violeta hablaba de los triángulos como si fueran primas queridas. Decía que para que el triángulo saliera lindo en el cuaderno había que dibujarlo sin usar la regla, solo con concentración bastaba para que las líneas quedaran prolijas. Las líneas rectas hechas con regla no tienen vida, decía Violeta. Para que una línea recta tuviera carácter había que elegir el color más brillante de la cartuchera, sacarle punta y dejarlo afilado, hasta que la punta fuera peligrosa. Violeta pedía a los alumnos que sacaran punta al unísono. Si hacían silencio se escuchaba el filo del metal contra la madera. El salón sonaba como una fábrica de muebles. Treinta sacapuntas superpuestos hacían más ruido del que se pudiera pensar. Violeta felicitaba a los pichoncitos cuando veía que la punta de los lápices eran casi agujas. Después les pedía que miraran con atención el cuadriculado de la hoja. Primero bajaban la mirada por una línea vertical, el ojo tenía que perseguir esa misma línea hacia un costado, hasta llegar al margen. Según Violeta el secreto para dibujar lindos polígonos estaba en la mirada. Cuando el ojo se adueñaba del cuadriculado y entendía la distancia perfecta que lo forma, la mano perdía el miedo. Los pichones miraban el cuadriculado hasta quedar hipnotizados. Algunos dibujaban triángulos hermosos y parecían confiados por las técnicas de la señorita. Otros eran tan desprolijos que hacían huecos en el papel de tanto borrar. En el libro, Margarita dibujaba un triángulo azul perfecto, un triángulo que parecía dibujado por una máquina. La mirada de Margarita quedaba atrapada por la belleza del triángulo, recorría un vértice, el siguiente, el último, y volvía a empezar. Margarita describía esa línea de lápiz azul como si fuera líquido. El lápiz corría continuo por el papel, era un torbellino que había capturado su atención.

Me asombró que Margarita se obsesionara así con una figura geométrica. ¿Habré sido muy exigente con la prolijidad de los cuadernos? Jamás le hubiera pedido a los pichones que afilaran sus lápices hasta volverlos peligrosos. La señorita Violeta me pareció bastante irresponsable. Menos

mal que no usó mi nombre verdadero.



Los horneros tenían una discusión en mi balcón. Peleaban porque se les seguía inundando la casa. El macho decía que ya había reparado el techo demasiadas veces, no entendía por qué seguía filtrando el agua. La hembrita lo retaba y le echaba la culpa de todo. Era un mal constructor, elegía la tierra que se derretía con facilidad para hacer menos esfuerzo y después la casa se desmoronaba. Mientras me divertía con la novela de los horneros oí una voz. No entendía de dónde llegaba, parecía cercana. Pensé que las flores me estaban llamando, las flores del cantero. Imaginé que quizás estaban resfriadas, que la helada les había vuelto rasposa la voz. Escuchaba mi nombre pero dicho con furia, con desesperación:

Ro-saaaaaa

Ro-saaaaaa

Abrí la ventana para que el sonido llegara con más claridad y espanté a los horneros. Me di cuenta rápido de que la voz no venía de afuera, estaba en el edificio. Cuando salí al palier la reconocí: Norma gritaba enfurecida desde el ascensor. Intenté preguntarle en qué piso estaba y me trató muy mal. La angustia la volvía mala. La luz del ascensor se había cortado pero por la rendija de la puerta pude ver la linterna de su teléfono. Muy lejos no estaba. Empecé a hablarle con ternura para que se calmara, le dije que tenía que respirar hondo y exhalar lento. Norma me respondía a los gritos.

El vecino del cuarto se acercó a ver qué pasaba y empezó a hacerle preguntas. A él lo trataba mejor. Si un hombre le da indicaciones, Norma le hace caso. Le hice señas al vecino para que la entretuviera y fui a llamar a los bomberos. Llegaron bastante rápido, eran dos pichones fuertes, de esos que van al gimnasio. La situación me aceleraba el corazón, así que esperé en mi casa y puse el agua para un té. Cuando el agua estuvo lista hundí unas flores de manzanilla. Las revolví con la cuchara y siguieron bailando en el agua por su cuenta. Se movían en el sentido de las agujas del reloj, primero a toda

velocidad, hasta que fueron quedándose quietas. Aunque las manzanillas no pudieran hablarme quise darles un mensaje. Acerqué la cara y les dije que Norma estaba pasando por un evento traumático, que necesitaba calmar su humor y recuperar la tranquilidad. Fue apenas perceptible, pero creo que las flores me respondieron. Todas juntas se fueron hasta el fondo, en la superficie no quedó nada. Colé el té en una taza y me acerqué al ascensor. Norma hablaba con los bomberos con la coquetería de una adolescente. Parecía fascinada con la escena del rescate. La voz rasposa había desaparecido. Norma no quiso tomar mi té de manzanilla. Los bomberos opinaban que era una buena idea, que tenía que hidratarse porque había gastado mucha energía gritando. En vez de quedar cansada Norma parecía haberse exaltado. Invitó a los bomberos a su casa, dijo que podía preparar más té para todos. Ellos agradecieron pero tenían que volver al cuartel. Norma estuvo el resto de la semana contando su rescate al barrio entero.

A los pocos días vinieron sus sobrinos. Le trajeron un ramo de rosas, tuve que prestarle un florero porque no entraban en ninguna parte. A Norma le cuesta recibir visitas. Aparenta estar contenta pero en el fondo no ve la hora de volver a estar sola. Olía las rosas y las marchitaba con cada inspiración. Esas flores hubieran preferido venir a mi casa, no tengo dudas. Los sobrinos eran encantadores. Las porteras los hubieran apodado «los Tiernos». Cuando se enteraron del encierro en el ascensor me llamaron para que les diera detalles. Les dije que Norma estaba exagerando un poco cuando contaba el episodio. Al verdulero le dijo que estuvo dos horas encerrada y en realidad no llegaron a ser ni veinte minutos. También estuvo usando una venda en la muñeca pero no tenía ningún raspón. Los sobrinos hicieron bien en preocuparse. No es lo mismo el cuidado de una vecina que el de la familia, la familia te quiere más.

Trajeron alfajores santafesinos para agradecerme, muy ricos no estaban. El dulce de leche parecía un mineral, estaba tan sólido que brillaba como un pedazo de ámbar. Cuando lo mordí volaron migas en todas direcciones. Las junté en un plato de porcelana y las dejé en el balcón. El benteveo recién se levantaba de la siesta. Le dije que se acercara con su novia a tomar el té. Se

posó en el borde dorado de la porcelana y miró desconfiado el dulce de leche sólido. Por un momento tuve miedo de matar al benteveo. Me asusté imaginando que el ámbar iba a quedarse atascado en su esófago. ¿Tienen esófago los pájaros? El pichón eligió una miga minúscula y la derritió contra las paredes del pico. Los ojos se le llenaron de brillo y empezó a llamar a su novia, que lo esperaba en una rama. La novia se notaba entusiasmada con la merienda, se acercó y empezó a bailar alrededor del plato. Puse en el teléfono una canción de Sandro y me fui a la cocina, para dejarlos tranquilos.

El secreto del juguito de las empanadas no se lo contaría a nadie. Cuando halagan mis recetas pongo cara de sorprendida pero en el fondo sé que lo merezco. Vinieron mis alumnos a almorzar: Margarita, el Siamés y Renata. Ellos se hicieron amigos de grandes, porque en la escuela no pasaban mucho tiempo juntos. El Siamés se burlaba de Margarita, me acuerdo de que un día la encontré llorando en el baño. Los pichones eran crueles. Renata no era amiga de nadie, era una chica horrible. Me alegra saber que cambió. Escribieron para mandarme fotos de la presentación del libro. En todas salí con los ojos cerrados. Les pedí que las borraran y al principio se resistieron. Después dijeron que podían borrarlas si volvíamos a vernos y sacábamos fotos nuevas. No entiendo para qué necesitan tener fotos de todo. Como si los encuentros no fueran reales cuando no queda una imagen. Les propuse almorzar en mi casa y al instante me arrepentí, pero ya habían aceptado. Ser anfitriona es mucho trabajo, hay que dejar la casa linda, esconder algunas cosas, hacer compras y cocinar. Me arrepentí solo un momento, después empecé a disfrutar de los preparativos. Le conté al verdulero que iban a venir mis alumnos y le pedí que me diera los mejores tomates. Lo mismo hice con el carnicero, me sentía Norma contando la historia de los bomberos.

El relleno lo dejé listo la noche anterior. Preparé una fuente grande, la casa quedó oliendo a comino y pimentón. El orden y la limpieza los hice el mismo día. Puse en el baño la toalla de las visitas y un jabón para estrenar. Después me esforcé para hacer un repulgue perfecto y cuando se escuchaban las empanadas crujiendo en el horno sonó el timbre. Los pichones llegaron con una bandeja de masas para el postre. Era tan grande que no entraba en la heladera. Renata se asombró, dijo que nunca había visto una heladera así de chiquita. La comparaba con un frigobar de hotel. El Siamés pensaba que era la heladera de una señora soltera. Margarita cambió

rápido de tema y me llevó al balcón para elogiar mis plantas. Me preguntó por los malvones moribundos y le conté de los horneros. Nos acodamos en la baranda para mirar de cerca la casa, si estuvieran los pinchos antipalomas habría sido imposible apoyarse ahí. Margarita juntó los labios para silbar y de la puerta de la casa se asomó un pico. Era la hembra, tenía cara de dormida. Salió y se posó en el poste, desde ahí nos miraba y empezó a cantar. Margarita le contestó:

No soy la hija de Rosa,
soy su alumna.
Qué preferís,
¿merengue o chocolate?

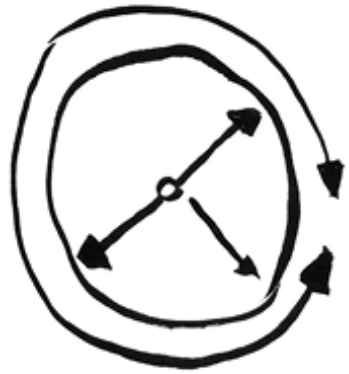
Renata interrumpió la conversación para decirme que había olor a quemado. Por suerte era el relleno de una sola empanada que se había abierto, el resto estaba bien. En una jarra puse agua con ramas de canela, el Siamés estaba fascinado. Dejamos enfriar las empanadas solo un momento, a mí me gusta que salga humo del interior. Todos alabaron el sabor y la consistencia. Renata se guardaba los repulgues para juntar el jugo que quedaba perdido en el plato. Me contaron de sus otros compañeros, casi todos tuvieron hijos, algunos ya se casaron más de una vez. Margarita acababa de separarse. Cuando le hicimos preguntas se le llenaron los ojos de lágrimas. Nos pidió que habláramos de otra cosa porque era muy reciente y estaba sensible. Dijo que ocupaba los días con todo tipo de planes para distraerse y no pensar. Le prometí que iba a invitarla al parque a mirar cotorritas y le pareció un programa maravilloso.

Renata levantó los platos y no pude evitar que los lavara. De manera coordinada arreglaron la cocina y prepararon café. Los tres pichones se movían en mi casa como los nietos que nunca tuve: intuían dónde estaba el azúcar, las tazas y las cucharitas.

Había tantas opciones de masas que era difícil decidirse. Empecé por un corazón, esos que tienen la mitad de la forma bañada en chocolate. Renata comió un cañoncito de crema, el Siamés un conito de dulce de leche y

Margarita, un pionono. El corazón estaba suave, se desarmaba sedoso en mi paladar. Todos parecíamos contentos con nuestras elecciones. Margarita puso uno de los merengues sobre una servilleta y con la mano lo desgranó. Fue perdiendo la forma y quedó convertido en migas sobre el papel. Lo dejó en el balcón y volvió a hacer el silbido de antes. La pareja de horneros, los benteveos del fresno y tres gorriones se acercaron. Les duró tan poco el merengue que nos dio pena. Juntamos las migas que cada uno tenía en su plato, no eran solo merengues, era una degustación. Los pajaritos se enloquecieron, nunca habían probado migas tan ricas.

El Siamés dijo que las masas podrían servir para una clase de geometría: había esferas, conos, cubos y prismas. Me pidieron una lección, para revivir mi clase de matemática. Les hice preguntas y ellos me respondían. En un cuaderno calculamos el radio y el diámetro de las bombitas de chocolate. Margarita todavía no aprendió a sumar.





d d = r x 2

d = 5 cm x 2

d = 10 cm

A Norma se le están muriendo las plantas. Estaban en el alféizar de la ventana, los departamentos del contrafrente no tienen balcón. Tuvo que sacarlas desde que pusieron los pinchos antipalomas. Me dijo que mudó las macetas a la cocina, pero ahí casi no reciben sol. Fui a ver la situación y era bastante triste. Tenía la mesada de la cocina llena de macetas, el potus estaba bien, los pensamientos y las begonias daban ganas de llorar. Los pétalos se veían débiles, casi transparentes. Le propuse trasladar las macetas a mi balcón, a ver si el sol las revivía. Pusimos las macetas en una bandeja y perdimos varios pétalos en el palier. Dejamos el trayecto repleto de flores muertas, se iban desprendiendo con el movimiento de nuestros pasos. Las puse todas juntas cerca del aloe vera. Dicen que las plantas se mejoran por la envidia de ver bien a las demás. Voy a pedirles a los horneros que por favor no molesten a las macetas de Norma. Podría dejar un cartel clavado en la tierra.

Cuando Norma volvió a su casa llevé la reposera al balcón. Me convertí en triángulo equilátero para no atragantarme con las migas de un budín. El budín a veces no llego a comerlo, son demasiadas rodajas para mí sola. Antes le daba a Norma en un tupper, pero ahora el azúcar le da miedo también. ¿Hablarán las flores de Norma? Les pregunté si querían conversar pero no me contestaron. Quizás tienen que recobrar fuerzas para charlar. En susurros les dije que iba a esperarlas, que se pusieran lindas. Cuando se recuperen voy a hacerles una entrevista.

Señorita Rosa: Contame, Begonia, ¿desde cuándo estás en esa maceta?

Begonia: No sabría decirte, Rosa, creo que nací acá. Nunca estuve en un cantero ni en un jardín.

Señorita Rosa: Pero seguro tus padres vienen de un jardín, debe haber sido un jardín precioso.

Begonia: Mi sueño es algún día ir al campo. Estar rodeada de otras flores, sentir cómo se mueven los tallos con la brisa, cómo nos chocamos y nos hacemos cosquillas. Confío que alguna vez voy a poder mudarme.

Señorita Rosa: ¿Cuál es tu pájaro preferido?

Begonia: El zorzal colorado, sin dudas. Después de las tormentas, cuando mejora el tiempo, el zorzal tiene el canto más hermoso que se pueda escuchar. Se pone contento, nos dice a las flores: miren, miren, se está despejando, ya vuelve el sol. Y nunca se equivoca.

Señorita Rosa: ¿El zorzal canta para vos?

Begonia: El zorzal prefiere a la rosa.

Señorita Rosa: El zorzal canta para la rosa, como el ruiseñor, como casi todos los pájaros. Te deseo lo mejor para tu mudanza, Begonia. Ojalá que encuentres una casa en el campo pronto.

El verdulero me vendió huevos llenos de caca. Habrán sido los huevos de una gallina que estaba de mal humor. Pensé que era mejor no guardarlos en la heladera, los dejé en el envase de cartón. Mi heladera es petisa, no me llega ni al ombligo. Entonces además de enfriar la comida sirve también de mesa para apoyar cosas. Ahí dejo una canasta con frutas, la botella de aceite de oliva y unas tazas que no entran en la alacena. Dejé los huevos separados de todo lo demás, no quería que las bacterias se fueran dispersando. A lo mejor podría cambiar estos huevos por huevos de palomas, unos que estén lindos, recién puestos. Imagino que un huevo de gallina debe equivaler a cuatro huevos de paloma. Para hacer el budín del cielo necesitaría:

36 x 4= 144

Ciento cuarenta y cuatro huevos de paloma, quizás haga falta recorrer los nidos de todo el barrio.

No sé si será buena idea usar huevos de paloma para cocinar. Podría preguntarle a mi novio bromatólogo. A Rubén lo conocí cuando se estaba recibiendo, era la primera camada que terminaba la carrera. Nadie sabía qué significaba esa palabra, las porteras pensaban que mi novio estudiaba para ser bromista. Las porteras eran rápidas para los apodos, le decían «el Bromas». Rubén se había acostumbrado a contar lo que significaba la bromatología, pensaba que iba a transformar nuestra manera de comer. Yo le creía porque él era muy inteligente. Tenía el peinado de Sandro: el pelo negro con raya al costado. Rubén era muy estricto cuando comíamos afuera. Antes de sentarse en un bar se fijaba si los mozos fumaban, si la barra estaba sucia, si habían barrido el piso. Solamente él elegía los lugares, yo me dejaba llevar. Una tarde me invitó a tomar un café con leche. Las medialunas eran ricas y la espuma rebalsaba. En un momento noté que se le transformaba la expresión, la boca empezó a temblarle. Miraba hipnotizado al barista y se

agarraba la cabeza. Yo ya conocía esas expresiones, le pasaba cada vez que algo estaba en contra de sus reglas, las que aprendía en la universidad. Me dijo que dejara el café sin terminar, me agarró del brazo y nos fuimos. Estaba tan conmocionado que no lograba sacarle las palabras, no me contaba lo que había pasado. Después de que me llevara a mi casa para que me lavara los dientes me contó: el barista había usado el espumador de la leche para hervir dos huevos. No entendí por qué eso era tan importante. En mi casa siempre se hervían los huevos junto con las zanahorias, para gastar menos gas. Rubén se agarraba la cabeza todavía más fuerte. Decía que los huevos eran peligrosos, que nunca tenían que mezclarse en la cocción con otros alimentos. Él no lo quiso reconocer, pero desde ese día no me besó más. ¿Habrá pensado que mi boca tenía gusto a caca de gallina?

El noviazgo fue enfriándose, las porteras me preguntaban qué pasaba con «el Bromas» y a mí me daban ganas de llorar. Me dijo que iba a concentrarse en su carrera y que no podía ser estudiante y novio a la vez. En ese momento me dolió, imaginaba que Rubén iba a ser mi último novio, con el que iba a casarme para tener pichoncitos. Después de un tiempo se me pasó la tristeza y pude ver algunas cosas con claridad. Rubén estaba obsesionado con la limpieza, mencionaba la cantidad de microbios y bacterias que había en cada cosa que tocaban mis manos. Hubiera sido infeliz con él, me habría pasado el resto de la vida desinfectando la casa. Con los años nos volvimos a ver y a veces tomamos café. Volvimos a vernos con la condición de que él no me hablara de gérmenes.

Todavía no volvió el cura bueno. La misa me pareció eterna, no lograba concentrarme. Se me perdía la mirada entre los santos y los vidrios de colores. Con una oreja escuchaba el sermón y con la otra el canto de los benteveos que venía del parque. Se superponían los dos mensajes y el de los pájaros se destacaba. Estaban contentos porque era domingo y había pocos autos. Me pareció que intercambiaban pensamientos con un cardenal. Un cardenal con alas, no uno de la iglesia. El benteveo decía que en el invierno los árboles no tienen frutas ni hojas, se quedan desnudos y débiles. El cardenal no estaba de acuerdo. Opinaba que cuando los árboles se desvisten dirigen toda su fuerza a las raíces, juntan energía para volver a brotar en primavera. La conversación era tan fascinante que me escapé de la misa. Me había sentado cerca de la puerta, así que el cura no se dio cuenta. No había llevado la reposera, tuve que convertirme en triángulo sobre el banco de madera, como hacía antes. Los cardenales no se dejan ver seguido. Les tiré unas migas pero desconfiaron de mí. Intenté meterme en la conversación sobre los árboles, no tenía una opinión formada, pero quise improvisar al ritmo del pensamiento. Los árboles se preparan para aparecer con nuevos peinados en la primavera. Como ese sauce eléctrico, ahora está pelado pero en unos meses va a estar cubierto de rulitos, les dije. Me miraron con ojos curiosos, parecían divertidos. No quisieron conversar, se estaba haciendo de noche y prefirieron volver al nido.

En invierno la noche llega de golpe. Cuando me di cuenta no estaban el churrero ni los paseadores de perros. A esa hora solo se veían deportistas, a ellos les gusta la oscuridad. Me quedé en silencio para escuchar si alguien me llamaba. Pensé que podía pasar por el cantero aunque no me hubieran invitado. Caminé con paso tranquilo, para no molestar a las flores. Cuando estuve cerca me costó reconocerlo, el cantero había cambiado. De las rosas altas quedaba solo una. Las caléndulas ya no eran tan naranjas y las

margaritas habían perdido algunos pétalos. Le hablé primero a la rosa alta, le pregunté por las demás. Formulé la pregunta de distintas maneras, pero no tuve respuesta. Imaginé que las rosas que faltaban se habían cambiado de escuela. Volví a mi casa apenada, sin comulgar y sin churros. Me quedé con ganas de tener una conversación. También me hubiera gustado que las flores me acariciaran, como hice yo con ellas.

Cuando estoy triste escucho esa canción que dice «Así, como una rosa desechada por el viento…». La voz de Sandro siempre me estremece, vuelvo a sentirme viva. Su voz tiene muchos registros, como una calandria. Puede ser dulce y ligera o puede crujir, te hace vibrar el interior de la panza.

Creo que Sandro también era amante de los pájaros. Compuso una canción acerca de un ave de paso. Era un ave que nadie podía atrapar, solo le importaba recorrer el mundo. Si alguna vez me hubiera cruzado con Sandro estoy segura de que se habría enamorado de mí. Sus romances con mujeres famosas nunca prosperaron, él prefería a las mujeres sencillas. Debería haber ido a la puerta de su casa con un cartel. Un cartel hecho con papel glasé de muchos colores, fabricado con la ayuda de mis alumnos. Hubiera sido un trabajo práctico especial. El primer paso sería recortar todo tipo de figuras geométricas: pentágonos, rombos, trapecios y triángulos. Después habría que formar la cara de Sandro, casi como el trabajo de un mosaico. Con las pequeñas figuras, una sobre la otra, iría apareciendo su cara radiante. Qué cara más hermosa, seguro estaba construida con proporción áurea.



Margarita me pasó a buscar para ir al parque. Me cuesta pensarla como una amiga, para mí siempre va a ser mi alumna. Preparé un budín de calabaza, le puse nueces, almendras, pasas de uva, jengibre y pimienta. El budín estaba dorado, entre ocre y naranja, debo tener alguna lana de ese color. Margarita no tenía reposera, llevó una lona. Buscamos el sector con el pasto más liso, cerca del ceibo. Ella había comprado una bandeja de facturas, teníamos comida como para un curso entero.

Margarita me contó que tenía guardados los cuadernos de mis clases. Algunas de las ideas para su libro salieron de ahí. Había tantos dibujos que parecía más una clase de arte que de matemática. Le dije que era así a propósito, las matemáticas existen solo en la imaginación: no pueden verse pero sí se pueden dibujar. Por eso les pedía tantos gráficos, para darle forma a los números.

Me preguntó si los días eran muy largos desde que estaba jubilada. Al principio no sabía qué hacer con el tiempo libre, después me fui acostumbrando. Empecé a mirar más novelas, cuando era joven me daba culpa estar frente al televisor. También retomé la lectura, volví a tejer y a cocinar. Le conté sobre la jorobita y la prohibición del doctor de mirar hacia abajo. Incliné la reposera y le mostré cómo me convertía en triángulo. Margarita se reía.

¿Y qué pasó con tu novio?, quiso saber Margarita. Tuve muchos, no sé cuál será el que ella conoció. Ninguno prosperaba y al final me cansé, creo que no soy buena para el romance. Ella quería llevarme al terreno del amor para contarme sobre su separación, me di cuenta. Entonces empecé a hacerle preguntas. Estuvo de novia casi tres años, se habían conocido a través de un amigo en común. Él se mostraba encantador cuando estaba en público, pero en privado criticaba a todo el mundo. Las porteras lo hubieran apodado «el Dos Caras», estoy segura. Margarita me contaba detalles y por

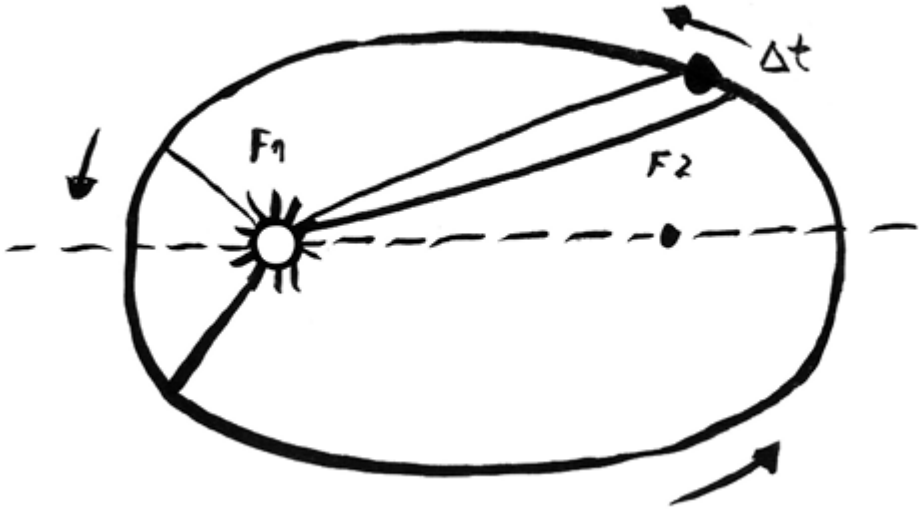
momentos se le llenaban los ojos de lágrimas. Yo desarmaba el triángulo para acercarme a su lona y tocarle el hombro. Le cebaba mates y la escuchaba con atención. Me contó que al principio no lo percibió, pero él resultó ser muy celoso. Todo le daba celos: que saliera con amigas, que fuera de viaje sin él, que el dentista le tocara la boca. Margarita dijo que empezó a sentirse como un cubito de hielo en un vaso de soda caliente. Sentía que se iba derritiendo y que no lograba volver a su forma original. Cuando estaba con hombres yo advertía algo parecido, me iba desdibujando. Le corté una porción generosa de budín, le dije que seguro iba a ir pasando la tristeza hasta convertirse en otra cosa.

Unos gorriones querían interrumpirnos la conversación. Estaban desesperados por conseguir migas. El budín los hipnotizaba y las facturas también. Molestaron tanto que juntamos algunos pedacitos y los tiramos bien lejos, para que se fueran. Pero los gorriones eran chismosos, querían escuchar sobre nuestros romances, no era hambre solamente. Entonces volvieron con más compañeros, eran seis o siete pichoncitos. Se subieron primero a la lona y después a los apoyabrazos de mi reposera. Margarita estaba fascinada, les hablaba y les daba migas. Los gorriones gritaron tan fuerte que llamaron la atención de otros pájaros. Llegaron dos benteveos, algunas calandrias, una pareja de horneros y muchos tordos renegridos. Se iban amontonando a nuestro alrededor, jugaban a ver cuál conseguía robarnos una medialuna. Aunque tapamos la bandeja no hubo caso, ya todos los pájaros del parque sabían que había un pícnic ahí. Una golondrina capturó el papel en un vuelo rasante y la bandeja quedó al descubierto. Después vinieron tantas palomas que no pudimos resistir más. Fueron desarmando las facturas de a una, se llevaban los pedazos a sus nidos. Al final llegaron las abejas a lamer lo que quedaba del almíbar.

La administradora del consorcio nos citó para una reunión en el hall. Llevé la reposera porque me duelen las piernas cuando paso mucho tiempo parada. Hicimos una ronda y entre todos los vecinos formamos un círculo. No era un círculo muy prolijo, a medida que llegaron más personas fue convirtiéndose en una elipse. Era una figura con vida, excéntrica, con dos ejes de simetría: mi reposera y la escalera. La administradora movía los brazos y se salía del perímetro. Decía que ya había encargado una segunda inspección para el ascensor. Después del incidente de Norma hubo muchas quejas. Algunos vecinos desconfiaban y pensaban que podían quedarse encerrados en cualquier momento. Norma aprovechó para volver a contar el episodio con detalles. Dijo que desde ese día intentaba salir de su casa lo menos posible, para disminuir las probabilidades de que volviera a pasarle. Yo opiné que eso no era vida, no podía quedarse aislada en la casa por miedo a que fallara el ascensor. La administradora me dio la razón por primera vez. Después aprovechó que tenía mi atención para preguntarme sobre los pinchos antipalomas, quería saber si había cambiado de opinión. La vecina del tercero dijo que desde su balcón sentía el sonido de las palomas poniendo huevos en mis ventanas. Julio, el del quinto, también quiso opinar. Mencionó la libertad de acción, la capacidad de cada uno de hacer lo que quisiera en su casa, pero al ratito empezó a darme órdenes. Dijo que no podía negarme a los pinchos, que había sido una decisión consensuada y que tenía que acatar el voto de la mayoría. Uno a uno fueron hablando los vecinos. Hablaban y dirigían la mirada a la administradora, buscando su aprobación. El veredicto era unánime: todos en mi contra.

La órbita elíptica alrededor de la administradora fue llenándose de ideas horribles. Dijeron que las palomas eran sucias pero en el fondo creo que hablaban acerca de mí. La administradora era el Sol y los vecinos se convirtieron en planetas que giraban a su alrededor. Sentí que me achicaban

con sus palabras, que empezaba a sobrar espacio entre la reposera y el borde de mi cuerpo. Lo que más me entristeció fue cuando la órbita frenó en Norma. Ella opinaba igual que los demás.



Estaba esperando para cruzar la calle y al lado del cordón vi tendida una rosa. Tenía el tallo muy corto, los pétalos aplastados y untados con barro. Algo me llamaba la atención y cuando la tuve entre mis manos lo pude comprobar: era una de las rosas altas, las rosas del cantero que conocían mi nombre. La llevé a casa y le preparé un baño de inmersión. En una fuente puse agua fresca y una rama de canela. La rosa no me respondía, quizás estaba enferma. La sumergí en la fuente y con un algodón fui limpiando sus pétalos. El agua empezó a teñirse de barro y la rosa retomaba su color. Le pregunté cómo había llegado ahí, qué hacía tan lejos del cantero. Le dije que no era buena alumna, no podía escaparse así de la escuela. Pensé que podía proponerle a la directora que construyera un cerco alrededor del cantero. Un cerco de ligustrina o de lavanda.

Sacudí la flor con suavidad sobre un repasador y después la dejé cerca de la estufa. Las gotas de agua con canela se fueron escurriendo, la rosa dejó de verse marchita. Acerqué el oído, pero seguía sin contestar. Imaginé que a lo mejor necesitaba dormir. La puse en un florero petiso, casi no tenía tallo para absorber agua. Apoyé una estampita de la virgen de Lourdes contra el florero, para que le devolviera la salud a la rosa.

La virgencita de Lourdes me conoce porque ya le pedí varios favores. Ella salvó a uno de mis pichones, Diego. No era del curso de Margarita, era un poco mayor. Faltó al colegio una semana entera y me preocupé. En su casa no atendían el teléfono así que a la salida de las clases pasé por el trabajo del papá, una concesionaria de autos cerca de la escuela. No estaba, pero su jefe me contó: Dieguito se había caído de una cama cucheta. Era una cama alta, sin baranda. Al parecer el pichón estaba soñando y no llegó a despertarse para poner las manos. Fue terrible cuando me enteré, volví a la escuela para contarle a mis compañeras. Las porteras me consolaron, me secaron las lágrimas con bollos de papel higiénico. Al día siguiente organicé una cadena

de oración en el patio. Toda la escuela se juntó alrededor del árbol multifrutal para pedir que Diego se recuperara. Sus compañeros hicieron dibujos con mensajes de buenos deseos. Junté los dibujos en un sobre y los llevé al hospital. Su mamá se conmocionó al verme, lloraba afligida y tuve que hacer bollos de papel para secarle las lágrimas yo a ella. Siempre hay una mujer que se hace fuerte para la que necesita apoyo.

No me dejaron pasar a la habitación, Dieguito estaba grave. Durante esos días fue muy difícil dar clases. Me distraía y hacía mal los ejercicios. Los alumnos estaban tan dispersos como yo, nadie lograba sacar cuentas. Le propuse a los pichones que siguiéramos haciendo dibujos, que llenáramos las paredes. Así cuando Diego volviera a la escuela podría ver cuánto lo habíamos extrañado. Dibujando se calmaban. Hacían dibujos de abrazos, de goles, de tortas de cumpleaños, de todo tipo de situaciones felices. Retratos de Diego hechos con papel, con pintura, con sellos, usando todas las técnicas que conocían. Los dibujos y la virgen de Lourdes salvaron a Dieguito. Los médicos también, claro. Faltó a clases durante un mes. Cuando volvió y vio el salón decorado se emocionó. Dejamos los dibujos colgados en las paredes el resto del año.

La rosa de tallo corto no pudo ser salvada. A la mañana siguiente estaba la mesa llena de pétalos. Se habían desprendido de a uno durante la noche.

Vi un programa sobre pastelería italiana en la televisión. Los panettones colgaban boca abajo como murciélagos. Los dejaban colgados para que no se aplastaran, así se conservaban gorditos hasta la Navidad. La entrevistadora mostraba un depósito lleno de vigas, parecían ramas. Imagino lo hermoso que debe ser caminar por ahí. Levantar la mirada y chocarse con la masa esponjosa y el perfume de azahar. Me gustaría aprender a hacer panetone, quizás podría conseguir una receta. No creo que sea muy diferente al budín.

Norma no quiso tomar un café conmigo. Inventó unas excusas sin sentido. Creo que siente culpa por no haberme defendido en la reunión de consorcio. Yo no soy rencorosa, pero un poco de bronca me dio. No puedo entender por qué siguen testarudos con esos pinchos. Se creen todopoderosos, piensan que pueden modificar el aspecto de la naturaleza. Las palomas existen desde siempre, sobreviven a las guerras, a las plagas, son más fuertes que las personas. No se van a asustar por unos pinchos. Van a encontrar otras hendiduras, espacios perdidos sobre los aires acondicionados o bajo los toldos de los balcones que hicieron refacciones. Este consorcio piensa que las palomas van a dejar de tener hijos. Las palomas son más perseverantes que la administradora cuando persigue a los vecinos morosos. Voy a pegar una nota en el tronco del árbol:

Queridas palomas:

Están invitadas a las clases especiales de geometría aplicada. ¿Cómo construir nidos en espacios angostos? Trucos y secretos de la teoría de la gravedad para evitar que se caigan los huevos de los balcones. Estrategias para esquivar elementos filosos. Los encuentros serán gratuitos, cada pichón deberá traer su cuaderno para tomar apuntes y algo dulce para compartir con los compañeros. La clase comenzará a las diez de la mañana en el balcón del 2A, el balcón sin pinchos. Los espera,

Señorita Rosa

Algo extraño pasó con mi teléfono, no se veían bien los colores. Todo aparecía teñido de verde. Lo que antes era rojo empezó a verse del color del pasto. ¿Será que llegó la primavera dentro de mi celular? Las fotos donde aparezco no las podía mirar, me daba impresión. Los santitos parecían payasos, con los ojos delineados y el pelo colorido. Le escribí al Siamés, él trabaja con computadoras, imaginé que podría ayudarme.

Vino a mi casa a la hora de la merienda. Lo esperé con unas galletitas recién horneadas. Estaba contento de verme, me sonreía con esos ojos de mal alumno. Primero le di de comer, no quería hacerlo trabajar con la panza vacía. El Siamés tenía hambre. Mojaba las galletitas en el café y después juntaba las migas que quedaban flotando con una cuchara. Decía que le gustaba merendar conmigo, lo hacía sentir chico otra vez. Cuando era mi alumno nunca lo invité a casa, pero de vez en cuando lo llevaba a la sala de maestras. Su mamá no tenía un trabajo fijo, se las arreglaba con changas. Entonces a veces le surgía algo y no llegaba a buscarlo. Su papá se había esfumado, según las porteras tenía otra familia. El Siamés se quedaba charlando con las porteras hasta que se hacía la hora de cerrar el portón de la escuela. Ellas me lo traían y hacían un cantito: Senorita Rosa, mire quién vino a visitarla. El Siamés se entristecía, yo me daba cuenta. Le preparaba una chocolatada, o jugo, cuando daba frutas el árbol del patio. Aprovechaba para volver a explicarle los ejercicios que no le salían bien. Algunos días, la mamá tardaba tanto en ir a buscarlo que el Siamés repetía la clase con el turno de la tarde. Su mamá era muy trabajadora. Llegaba con cara de cansada, me daban ganas de prepararle una chocolatada a ella también. Me agradecía por cuidar a su pichoncito, yo lo hacía encantada. Las horas entre el turno de la mañana y el de la tarde se volvían largas. Me alegraba cuando el Siamés se quedaba conmigo, siempre fue buen conversador. Todavía tiene el talento de la charla.

Después de terminar el plato entero de galletitas le alcancé mi teléfono. Se reía con el fondo de pantalla, pensaba que mi foto se había cubierto de musgo. Lo noté muy concentrado, buscaba en un menú opciones que nunca antes había visto. Mientras movía los dedos con velocidad seguía hablando. Me contó que su mamá se había jubilado, que él la ayudaba bastante. Siempre fue mal alumno pero buen hijo. Después me contó que estaba enamorado. Empecé a hacerle preguntas pero no me contestaba, ponía cara de pensativo y no levantaba la mirada de mi teléfono. Cuando me lo alcanzó, los colores habían vuelto a ser como antes. ¿No me vas a contar de tu romance?, le pregunté. Se puso nervioso, no quería contarme. ¿Es alguien que conozco?, le dije. Me contestó que no. Es que vos sos de otra generación, Rosa, no sé si estás en contra de estas cosas. Estoy de novio con otro hombre, me dijo el Siamés. Al pichón le daba susto que yo me espantara. Claro que entiendo, el amor es siempre amor.

El churrero me convenció de que comprara churros rellenos. Debían estar viejas las tortas fritas. El mate tenía una espuma perfecta, lo acerqué al oído para sentir el burbujeo que formaba el agua contra la yerba. ¿Hablará la yerba mate? El parque estaba tranquilo y eran lindos todos los pájaros. Llevé el libro de Margarita, anoté algunas preguntas para hacerle la próxima vez que la vea. La señorita Violeta volvió a aparecer. Se nota que Margarita nunca entendió las matemáticas. En el libro, la señorita Violeta enseñaba las fracciones y cometía muchos errores. Creo que no voy a decirle que se equivocó. Si Margarita me hubiera contactado antes podría haberla ayudado a escribir esos capítulos. Me entristece que las fracciones estén tan mal explicadas. Qué pena que no usó ejemplos más visuales, como una pizza a la que le van quitando porciones, o un vaso de jugo que se va llenando. No tiene sentido que se lo diga ahora porque el libro ya se imprimió. Pobre señorita Violeta, quedó como una burra.

Una golondrina giraba en círculos sobre mi reposera. Hacía piruetas y esquivaba los cables de la luz. Debía ser la misma golondrina que se robó el papel de las facturas, el día que estuve con Margarita. Imagino que se quedó a vivir en esta ciudad, le dio pereza el vuelo tan largo hasta California. Habrá encontrado una casa calentita, quizás un nido de hornero abandonado, y decidió quedarse. Falta poco para que llegue la primavera y vuelvan sus parientes. ¿La reconocerán? Las golondrinas no bajan al pasto, prefieren estar siempre volando. Parece que su comida la consiguen en el aire: mosquitos, polillas, cualquier insecto les gusta. Entonces no tienen necesidad de aterrizar, se quedan dando vueltas durante horas.

Me acuerdo de la vez que entró una golondrina a un salón de quinto grado. La maestra, Angelita, estaba aterrada porque no reconocía la forma. La golondrina volaba tan rápido que la confundieron con un murciélago. Angelita le dijo a los chicos que se escondieran debajo de los pupitres. Llamó

a las porteras porque tenían fama de valientes, pero las porteras no supieron qué hacer. ¡Qué difícil debe ser ayudar a una golondrina! Abrieron todas las ventanas y la llamaban desde el patio, como si fuera un gatito. Después de un rato encontró sola la salida. Angelita quería convencer a la cooperadora de que comprara mosquiteros para las ventanas, pero no tuvo éxito. Nunca más la vi, se casó y al tiempo dejó de dar clases. Se mudó a un pueblo y tuvo varios pichoncitos.

Hace poco entró una paloma al bar y una chica le hizo un camino de migas para que pudiera irse. Era hermoso ver a la palomita comiendo las migas. Cada vez que comía estaba más cerca de la puerta. Las palomas son fáciles de engañar. Con un pedazo de pan las podés confundir para que cambien su trayecto. Cuando logró volar, todos aplaudimos.

Me encontré con Norma en el ascensor. El silencio no fue muy largo porque eran solo dos pisos. Cuando llegamos al palier hice unos comentarios sobre el clima y me respondió de mala gana. El corazón se me empezó a hacer chiquito, me dio susto que nuestra amistad estuviera perdida para siempre. Ese malestar no podía ser solo por los pinchos. Norma, te extraño, contame qué te pasa, le dije. En ese instante Norma empezó a llorar. La abracé y le propuse que fuéramos a tomar un café al Palace Garden. No quiso caminar tanto pero aceptó ir al bar oscuro de nuestra cuadra. Nos sentamos al lado de la ventana y la cara de Norma estaba llena de lágrimas. Eran lágrimas de verdad, no las de la farmacia. Norma me contó que su enfermedad de la vista había empeorado. El doctor le pidió unos estudios que no dieron bien. No voy a poder ni cortar un tomate para hacer una ensalada, se lamentaba Norma. El doctor le dijo que no quedaban tratamientos por probar, que la vista se le iba a ir apagando de a poco. La abracé y lloramos las dos. Me ofrecí a cortarle todos los tomates que quisiera, también podía acompañarla a hacer las compras o al doctor. Norma pensaba que sus sobrinos se la iban a llevar al campo, por miedo a que no pudiera vivir sola. Se imaginaba teniendo todo tipo de accidentes domésticos o causando choques por no ver el semáforo. No quiero ir a vivir al campo, no me gusta el silencio, decía Norma. Le dije que no se adelantara, que a lo mejor Santa Lucía escuchaba nuestros rezos y la curaba. Acordamos ir juntas a misa el domingo para llevarle una ofrenda a la virgen. Norma quiso saber si sus plantas estaban mejorando en mi balcón. Le dije que sí, pero no era verdad. Pensé que iba a angustiarse todavía más si le contaba que sus plantas se habían muerto. Podría pasar por el vivero del chico antipático a comprar pensamientos y begonias nuevas, total con la vista tan deteriorada no iba a darse cuenta. Le di la mano y le hice caricias. Nos quedamos un rato en silencio, como un matrimonio recién reconciliado.

Extraño hacer cosas con las manos. Es hermoso ir al parque y convertirme en triángulo, pero me canso de estar quieta solo mirando. Me gustaría llevar lana y agujas para tejer bufandas. El Siamés siempre tiene el cuello desabrigado, una bufanda le vendría bien. Como el doctor no me deja tejer podría entretenerme corrigiendo pruebas. Me encantaba usar lapiceras de distintos colores: rojo para los errores y azul para los aciertos. La jorobita me debe haber salido por los años que pasé corrigiendo. Tenía tantos papeles sobre el escritorio que a veces perdían el equilibrio, parecían una torre de panqueques con demasiado relleno. Algunos pichones hacían desastres. Se notaba cuando no habían estudiado y los ejercicios quedaban por la mitad. Llenaban las hojas de tachones, eran feas de mirar. Les dejaba un mensaje en letra roja: mejorar la prolijidad, más atención a los detalles. Y al lado ponía un sello. Tenía varios y los iba alternando: una cara sonriente, una flor con una abeja, una nena con guardapolvo. Los compraba en la librería de Roberto, que quedaba enfrente de la escuela. Roberto era un gran vendedor y me avisaba cuando recibía sellos nuevos. Conseguía papeles especiales que brillaban, de unos colores que nunca había visto. Eran perfectos para las clases de arte, pero a mí también me servían. Le pedía a los pichones que llevaran papeles a mis clases y los cuadernos les quedaban preciosos. Los triángulos no estaban hechos por líneas grises de grafito, los recortábamos en papel metalizado y después nos encandilaban. Por eso Margarita lo atesora, porque mis ejercicios volvían radiantes los cuadernos.

Antes de que empezaran las clases iba a la librería a buscar materiales. Después del verano, Roberto estaba bronceado porque tenía una casa con pileta, varias veces me invitó. Intentó conquistarme durante veinte años. Cada vez que iba a comprar materiales me invitaba a salir. Al cine, a tomar un café o al teatro, pero siempre le dije que no. Era un hombre atrevido, las porteras le decían «el Cariñoso». Hacía chistes y tenía una mirada impúdica.

Daba la sensación de que sus ojos eran capaces de atravesar las telas. Antes de entrar a la librería me abrochaba hasta arriba el botón de las camisas. Cuando me daba el vuelto encontraba la manera de tocarme las manos. Quedaba mi mano entre las suyas y me sentía prisionera. Yo dejaba caer las monedas sobre el mostrador y me escapaba haciendo un poco de fuerza. En la sala de maestras se contaban muchas historias. Invitó a salir a las maestras de primaria, a las porteras, hasta a la directora, que estaba casada. Roberto probaba con todas.

«El Cariñoso» convenció a una de las porteras y la llevó al cine. Al día siguiente llegó espantada. De la película no pudo contarnos nada porque estuvo las dos horas esquivando caricias. En un momento, Roberto logró besarla y le dejó el cuello lleno de baba. Las maestras nos agarrábamos la cabeza. Imagino que ya no deben existir kiosqueros así, en ese entonces no generaba ningún escándalo. Las maestras seguíamos yendo igual porque quedaba cerca y era barato.

Tantas veces le dije que no a sus invitaciones, que al final empezó a tratarme horrible. Dejaba caer el vuelto con fastidio y ya no tocaba mis manos. Me vendía las cartulinas más arrugadas. Logró convencerme de que le comprara un set de escuadras nuevas que había recibido. Eran verdes y traslúcidas, las de madera ya estaban pasadas de moda. Me gustaba ese color, el plástico era una novedad. Las escuadras resultaron ser peligrosas, así que las usé solo una vez. Intentando hacer un gráfico complejo me rasgué la muñeca con la punta biselada del ángulo. Una línea precisa se dibujó sobre mi piel. El plástico era tan filoso que me sacó sangre. Todavía conservo la cicatriz.

Los pájaros del fresno estaban exaltados. El benteveo cantaba tan fuerte que tapaba a los demás. Me quedé mirando desde el balcón, al principio me costó entender. Parecía una reunión de consorcio: todos hablaban al mismo tiempo. Algo importante estaba pasando en la cuadra. Los horneros salieron de su casa, después llegaron los gorriones. Se iban posando sobre las ramas, se amontonaban para escuchar. Una calandria quería coordinar la asamblea, pero el benteveo la hizo callar. Las últimas en llegar fueron las palomas, estaban despeinadas, parecía que venían de un día agitado. El benteveo administrador intentaba organizar el temario:

1) Escasez de semillas
2) Temporada de lluvias
3) Faroles
4) Jilguero en una jaula

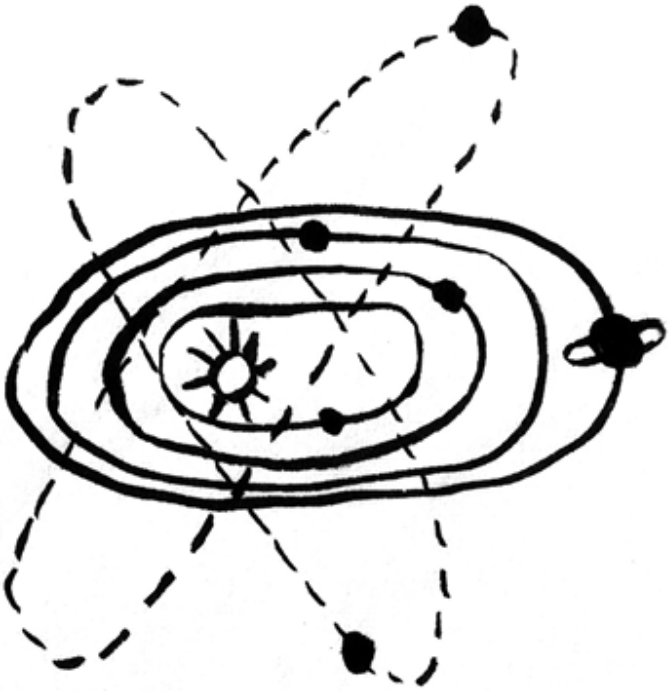
Preparé unos mates porque me pareció que la reunión iba a ser larga. Empezaron por el último punto del temario. En un edificio de la vereda de enfrente alguien tenía un jilguero enjaulado. Las palomas opinaban que no era necesario hacer nada. El jilguero estaba encerrado porque su canto era demasiado hermoso. Los horneros chillaban horrorizados. Pensaban que entre todos, si se organizaban, lo podían ayudar. Comida no le faltaba, cada mañana le reponían el alimento. El jilguero estaba gordito pero triste, extrañaba volar. La discusión ganaba intensidad, algunos pájaros sentían la obligación de ayudar a su compañero, a otros no les importaba ni un poco. El benteveo se posó en una rama alta para demostrar autoridad. No le funcionó. Todos los cantos juntos formaban un enredo espantoso, parecía una orquesta desafinada y sin director. Solo llegué a descifrar la preocupación de los horneros, que sugerían turnarse para ir a charlar cerca de la jaula. Las calandrias quisieron cambiar rápido de tema, estaban

preocupadas por la proximidad de la primavera. Había rumores de que iba a ser una temporada muy lluviosa. Una calandria se quejaba de que se le inundaba la casa y a los demás se les inflaron los cachetes de la bronca. Todos sabían que las calandrias eran haraganas para construir y usurpaban nidos. No juntan ni una rama y se quejan de que les gotea el techo, decía el benteveo. Se armó tanto revuelo que las calandrias se escondieron.

La reunión era un desastre, saltaban de un punto al otro del temario sin llegar a ninguna conclusión. Cuando hablaron de la escasez de semillas, una paloma propuso ir a robarle comida al jilguero de la jaula. Los gritos se redoblaron. Solo hubo unanimidad cuando hablaron sobre el farol. Los horneros se ofrecieron de voluntarios para tapar el farol con una fina capa de barro. Ellos eran constructores expertos, iban a poner un revoque que atenuara la luz. A todos les fastidiaba esa luz blanca tan potente y los felicitaron por el ingenio. La armonía duró solo unos minutos, otra vez empezó el griterío cuando el benteveo quiso agregar temas de discusión. El benteveo quería ser el sol de la reunión pero las órbitas a su alrededor eran un caos. Pedí la palabra y nadie me prestó atención. Solo las palomas me miraban. Intenté levantar la voz, hice unos aplausos y hasta silbé, pero los pájaros no se fijaban en mí. Pensé que a lo mejor tenía que esperar el turno de mi órbita, así que me quedé en silencio unos minutos más.

Un tordo que había llegado tarde se puso místico. No estaba contento con la idea del revoque al farol. Ustedes se creen capaces de apagar el sol, eso ya tiene nombre, se llama noche, decía el tordo. El hornero se moría de risa y opinaba que era una idea práctica para mejorar el descanso, que no molestara. No se puede apagar el sol con barro, le discutía soberbio el tordo. Volví a levantar la mano pero no conseguía entrar en la conversación. Las órbitas estaban descontroladas, no había ningún tipo de sistema de turnos. Me cansé de esperar con el brazo levantado, así que en un momento grité: yo puedo conseguirles semillas en la dietética, no se preocupen por eso.

Solo me escucharon unos gorriones, giraron un poco las caritas y después miraron hacia otro lado. Pensé que podía armar un almacén en mi balcón igual, aunque ninguno me escuchara.



El doctor me hizo abrir la garganta. Me miró con su instrumento y dijo que estaba bien, no tenía que preocuparme. También revisó mi espalda, la jorobita se estaba desvaneciendo. Le conté que pasaba muchas horas en la reposera con el cuello hacia arriba y me felicitó. Quiso saber un poco más sobre la araucaria y las cotorritas, pero no me pareció buena idea entretenerlo con la vida de los pájaros. Le comenté sobre el problema de la vista de Norma y se mostró preocupado, igual prefirió no opinar porque los ojos no eran su especialidad. Antes de irme, mencioné al pasar que quizás iba a viajar a Mar del Plata. Yo quería que el doctor me diera permiso, pero el doctor no era mi papá. Se alegró y me deseó buen viaje.

Me interesaba su opinión porque no estoy muy segura de querer ir. Fue una invitación de mis pichones. Margarita va a presentar su libro y el Siamés y Renata van a acompañarla. Consiguieron un departamento con vista al mar que tiene tres habitaciones, dijeron que una era perfecta para mí. Cuando me invitaron me emocioné, pero al rato empecé a dudar. Me sentí como Norma que se asusta por todo. Pensé que nunca vi cómo maneja el Siamés, quizás es pésimo conductor. Después imaginé que la puerta del baño iba a ser demasiado fina, que los pichones iban a poder escuchar todos los ruidos que hace mi cuerpo. También me inquietaba no poder seguirles el ritmo, querer dormir la siesta y tener la cama lejos, extrañar mi almohada, perderme en el centro, volverme ludópata en el casino, todo me parecía peligroso.

Como no contestaba los mensajes, Margarita me llamó por teléfono. Pensalo como si fuera un viaje de estudios, Rosa, me dijo. Pero era un viaje de estudios al revés: los alumnos me iban a sacar a pasear a mí. Margarita dijo que no tenía que preocuparme por nada, que cambiar de paisaje iba a hacerme bien, además el pronóstico del tiempo auguraba temperatura primaveral.

Le pedí unas horas para pensarlo. Se me ocurrió que los pájaros tomaran la decisión: si las migas de mi budín se las comía un gorrión, iba a Mar del Plata; si se las comían las palomas, me quedaba. Apoyé una servilleta llena de migas cerca de la reposera. Se acercaron las cotorritas y me pareció un problema, porque no eran parte de la ecuación. Vuelvan a la rama, les grité. Me quedé sola con las migas unos minutos, ningún pájaro las quería. Cuando estaba cerrando la reposera para irme se acercó un gorrión. ¿Qué hago, pichón, me voy a Mar del Plata?, le pregunté. El gorrión dio un par de saltitos hasta las migas. Se comió todo y se llevó también la servilleta. La sostenía entre sus patitas.

Soñé que la señorita Violeta y Sandro eran novios. Los veía darse el primer beso. Sandro la llevaba de la mano, caminaban por el parque. En un momento, frenaron cerca de la araucaria y se quedaron quietos. Yo no estaba en el lugar, parecía la escena de una película. La mano de él subió hasta el cuello de la señorita Violeta y de sus ojos empezaban a salir chispitas. Eran de un celeste claro, después se volvían turquesas, debo tener alguna lana del mismo color. Las chispas eran tan potentes que encandilaban a Sandro. Empezó a agitar los brazos para dispersar los destellos y, en cuanto pudo, se acercó y le dio un beso. Yo quería poner pausa pero no lo lograba, no era una película de verdad. El beso era precioso, lento, se notaba que lo estaban disfrutando. Imaginé a sus lenguas entretenidas, haciendo piruetas dentro de las bocas. Empecé a escuchar aplausos y cuando miré a mi alrededor estaban las porteras. Viva los novios, gritaban las porteras. Andá a darles besos vos también, me dijeron. Pero yo no entendía cómo hacer para estar cerca de ellos. Las porteras me señalaron una puerta que había al lado de la araucaria. Del bolsillo sacaron un manojo de llaves y separaron una. Con esta llave se abre la puerta y entrás a la película, dijeron mientras me empujaban. Cuando logré atravesar la pantalla, Sandro me miró. Esos ojos negros con los que siempre había soñado me miraban de verdad. Sandro extendía los brazos y me sumaba al grupo. Señorita Rosa y señorita Violeta, dos flores hermosas, dos flores gemelas, suspiraba Sandro. Violeta era mi gemela pero más linda, era una versión radiante de mí. El beso volvió a empezar pero esta vez mi lengua también daba piruetas. Las tres lenguas hacían rulos, primero en un sentido y después en otro. Las pestañas de Sandro eran tan largas que me hacían cosquillas. Intenté dibujar con la lengua un triángulo escaleno. El triángulo empezaba en una boca y terminaba en la otra. Mi lengua nunca había hecho tanto ejercicio. La cara se me cansaba y el triángulo se volvía cada vez más chico. Se fue achicando

hasta convertirse en un punto, solo avanzaba y retrocedía. Primero dentro de la boca de Sandro, después dentro de la boca de la señorita Violeta. Los puntos se sentían bien, y me imagino que se veían lindos desde afuera, porque las porteras aplaudían con más fuerza. Sus manos tenían una energía inexplicable y cada aplauso parecía un tambor. Los tambores se multiplicaron y nos distraían. El beso empezó a volverse torpe, un diente se clavó en mis labios y las lenguas retrocedieron. Los golpes siguieron hasta despertarme. Del susto me senté y estaba en el borde de la cama. Los tambores eran las manos de Norma dando porrazos a la puerta.

Rosaaaa,

Rosaaaa,

abrime, gritaba.

Me levanté asustada, pensando que se había cortado o quebrado algún hueso. Norma me esperaba con su cajita de los remedios casi vacía, solo le quedaban dos pastillas. Acercó un papel para que le leyera cuál le tocaba tomar a esa hora. Era la celeste.

Fui al vivero a buscar pensamientos y begonias. El chico antipático no estaba. Me atendió un señor que imaginé sería su padre. Tenía los mismos ojos verdes pero mejor humor. Le dije que necesitaba reemplazar unas plantas que habían muerto y, como mostró interés, le conté la historia de los pinchos antipalomas. El señor también estaba en contra de los pinchos, me felicitó por resistir las presiones del consorcio. Por primera vez sentí que alguien me entendía y quise saber su nombre. El señor se llamaba Hugo. Me mostró todos los pensamientos hasta que encontramos una planta que se parecía a la de Norma. Norma no debe acordarse del color exacto de sus pensamientos, pero intenté ser rigurosa para que no sospechara. Con la begonia fue más fácil, eran todas iguales. Mientras Hugo guardaba las macetas en una bolsa se quedó helado y con la mirada fija. Le pregunté qué pasaba y me señaló una hoja de pensamiento. Había una pupa de mariposa. La crisálida se veía cómoda, durmiendo una siesta serena. Hugo imaginó que la mariposa iba a ser del mismo color de las flores. Él tenía la teoría de que la oruga elige la flor por su color. Se alimenta y come pétalo por pétalo hasta estar colmada. Después forma el capullo y empieza su descanso con la promesa de despertar convertida en mariposa. Según Hugo, la mariposa toma el color de la flor que la alimentó. Le pregunté si prefería darme otra maceta, así podía ver el nacimiento, pero me dijo que no. Se alegró de que me llevara la planta con una pupa. Así podés entretenerte con la novela de la mariposa, me dijo.

Hice un budín de limón y la invité a Norma a merendar. La esperé con las flores de manzanilla en un frasquito, al lado de su taza. Se asomó al balcón para ver cómo mejoraban sus plantas. Le pedí perdón a la virgen por la mentira, imaginé que no iba a importarle. Norma se alegró cuando le conté que una mariposa había nacido en el pensamiento. Seguí mintiendo y le dije que quizás por eso la planta se había puesto fea, porque una oruga se la había comido. Me preguntó cómo era la mariposa. Lila, con alas casi transparentes, le contesté.

Norma estaba optimista esa tarde y opinaba que el viaje a Mar del Plata era una idea fantástica. Vas a mirar el mar, comer medialunas, conversar todo el día con tus alumnos, te va a hacer bien, me decía. Se ofreció a regar las plantas, pero era un viaje de solo tres días, no iba a ser necesario. Me preguntó si tenía un buen camisón, con bata haciendo juego. Según Norma, eso era lo más importante que una mujer tenía que guardar cuando iba a compartir un viaje con más personas. También le parecía fundamental que llevara pantuflas, para ir al baño de noche sin tener que pisar las baldosas heladas. Empezó a armar mi valija con su imaginación y se le ocurrían muchos objetos que jamás hubiera considerado. En Mar del Plata llueve seguido así que tenía que llevar piloto, paraguas y más de un calzado. Una campera abrigada para la noche y algo más liviano para el día. La funda de mi almohada, para no apoyar la cara sobre una sábana que quizás estaba mal lavada. Un botiquín con vendas, alcohol, agua oxigenada y la lista seguía y seguía. La escuché y le di la razón en todo, a ella le encanta sentir que valoro su opinión.

Renata armó un grupo para coordinar el viaje. Mandaron muchos mensajes durante la noche, mientras yo dormía. Renata me recordó a la administradora del consorcio: quería transformarse en sol y que los demás giremos a su alrededor. Hizo un itinerario con muchas actividades, parecía el plan para un viaje de veinteañeros. Leí la conversación desde la cama, convertida en triángulo. Todavía no había desayunado y mi panza empezó a formar burbujas de nervios. Renata tenía reservas para visitar museos, para dar un paseo en barco, para almorzar y cenar en distintos puntos de la ciudad. Margarita y el Siamés le habían puesto corazones a todo, imaginé que era porque estaban de acuerdo.

Intenté recordar cómo eran los viajes cuando ellos eran mis alumnos. Mi excursión preferida era la de sexto grado, a Entre Ríos. Era un viaje de dos días, pero nos llevaba un año entero organizarlo. Los pichones hacían rifas y fiestas para recaudar fondos. Los padres conseguían premios para sortear: una horma de queso, un par de zapatos, una pelota de fútbol, todo servía. Los chicos se pasaban las tardes persiguiendo parientes para que les compraran números. Algunos eran muy buenos vendedores, se notaba que iban a tener talento para el comercio. Era un viaje sencillo, lo más costoso era el alquiler del ómnibus. La escuela tenía un arreglo con un gremio que nos prestaba las habitaciones para dormir. Era un hotel bastante feo, pero preparaban ricos desayunos. La primera parada era para visitar el Palmar. Era hermoso ver la cara de los pichones cuando entrábamos al parque. Nunca habían visto tantas palmeras juntas. Era un paisaje muy distinto al de la ciudad. El guía nos contaba la historia de las palmeras Yatay y nos pedía que hiciéramos silencio para no ahuyentar a los animales que vivían ahí. Todos los años veíamos cotorras, avestruces y lagartos. La vez que fuimos con el curso de Margarita encontramos una familia de zorros. El Siamés los quería tocar, me acuerdo el escándalo que hizo cuando el guía lo retó por

tirarles migas de alfajor. Los pichones nunca se cansaban, las primeras en quedarnos dormidas éramos las maestras. Apenas subíamos al ómnibus se nos cerraban los ojos, nos tenía que despertar el conductor en la puerta del hotel.

En esos viajes pude conocer mejor a mis alumnos. Los que se hacían los vivos en las clases eran los primeros en llorar a la noche porque extrañaban a sus mamás. Las alumnas sensibles, como Margarita, disfrutaban los paseos por la naturaleza y se maravillaban con todo lo que veían. Margarita tenía buena vista. Encontró en la copa de un árbol un pájaro carpintero blanco, el guía la felicitó. El carpintero tenía los ojos delineados con plumitas amarillas. Cuando descubrió que lo estábamos mirando se escondió detrás de una rama, le dio vergüenza. Otros alumnos eran muy indiferentes, nada les generaba curiosidad. Los pichones que hacían mal las cuentas eran también malos huéspedes: perdían la llave de la habitación, rompían las tazas del desayuno o se quedaban dormidos y retrasaban la excursión.

Renata quería ser el sol del viaje a Mar del Plata. Tenía ganas de darnos órdenes. Al principio me dio bronca, no quería que Renata fuera la maestra. Después imaginé lo lindo que sería mirar el mar, no tener que preocuparme por la cena ni por los traslados. Tampoco iba a angustiarme por alergias, resfriados, por alumnos distraídos que se separan del grupo. No tenía razón para estar ansiosa en realidad. Pensé alguna frase ingeniosa para contestar los mensajes pero nada se me ocurría. Agregué una fila de corazones y después escribí:

Pichones, esto es un poema.
La señorita Rosa ahora quiere ser alumna
Preparo mi bolso y estoy lista
para ir de paseo a Mar del Plata.

La noche anterior al viaje no me podía dormir. Repasaba mentalmente el abrigo que llevaba, la cantidad de bombachas, los medicamentos. Estaba nerviosa y emocionada al mismo tiempo. ¿Los pichones me invitaban porque me veían muy sola? A lo mejor sentían lo que siento a veces con Norma: invento planes para que salga de su casa. Saqué la almohada para convertirme en línea recta y me concentré en los sonidos de la calle, pero nada funcionaba. ¿Los pichones me invitaban porque querían volver a sentirse chiquitos?

Después de dar vueltas en todos los sentidos me pareció mejor levantarme. Sin prender el velador, fui hasta la cocina y puse agua para un té. Las formas de mi casa las conozco de memoria, no necesito que se iluminen los ambientes. El plan de los horneros de atenuar la luz de los faroles no funcionó. En la calle parecía de día. Me acerqué al vidrio y pude ver a los zorzales. Tenían cara de insomnio, igual que yo. Cantaban y movían sus caritas. Cuando me miraron los saludé. Abrí un poco la ventana, no hacía mucho frío. Era una noche de cielo violeta, un violeta con bastante rojo, debo tener alguna lana de ese color. Además del canto de los zorzales se escuchaba otro, un poco más lejano. No era una calandria, ni un cardenal, tampoco un hornero. Repasé todos los pájaros que viven en mi cuadra. ¿Quién es el que canta, es amigo tuyo?, le pregunté al zorzal. El zorzal movía los ojos pero no me contestó. Pensé que podía ser algún pariente que había venido de lejos, o un amigo exótico de las cotorras. Me sentí mal de no reconocerlo, era la misma sensación que tenía cuando fallaba mi técnica para recordar los nombres de los alumnos. Mi mente se quedaba mezclando caras de famosos hasta que lograba encontrar el nombre. A los pájaros los conozco bien, creía conocer el nombre de todos. El canto continuaba y era triste, parecía una canción de lamento. Ese pájaro está encerrado, pensé. Y en ese segundo su nombre vino a mi cabeza: era el jilguero que vivía en una

jaula, en algún balcón de la vereda de enfrente. No lo había escuchado antes, quizás cantaba solo de noche para fastidiar a la persona que lo encerró. Su voz era dulce pero el canto daba ganas de llorar.

Llevé una vainilla al balcón y le dije al zorzal que le alcanzara un pedacito al jilguero. Al menos con algo de azúcar podría ayudar a aliviar su pena. ¿Por qué alguien encerraría a un jilguero? ¿Mis alumnos me invitaron a Mar del Plata para sacarme de la jaula? Yo no vivo en una jaula, la llave de mi casa funciona bien. Voy al parque, al café, a veces voy a misa, visito al doctor y hago las compras. Casi todo lo hago cerca, cuando era joven me alejaba más. Cuando había excursiones con la escuela siempre me ofrecía para viajar. Algunas maestras se fastidiaban, no les gustaba trabajar los fines de semana. A mí me encantaba conocer lugares nuevos. Y cuando llegaba el verano siempre iba al mar. Al menos unos días, me encantaba ver paisajes diferentes. No sé por qué me fui quedando quieta después.

El zorzal se llevó la vainilla en cuatro viajes. Las vainillas les gustan a los pájaros porque son livianas, pueden trasladar una porción grande con poco esfuerzo. Busqué en la alacena mis platos de porcelana más lindos, los de bordes dorados y dibujos de flores. Puse semillas de girasol, de lino, de chía, de sésamo y de mijo. Trituré unas galletitas de chocolate, una porción olvidada de budín y el borde de una tarta. En una taza puse agua con miel. También unas servilletas por si los pájaros querían limpiarse las patas antes de comer. Acomodé el banquete entre mis plantas, era hermoso de mirar. Parecía un restaurante en miniatura. Después escribí una carta y la dejé clavada en la maceta del malvón moribundo:

Queridos pájaros:

Regreso en tres días, voy de excursión al mar. Para que no me extrañen, les dejo algunas delicias. No permitan que las hormigas se coman las migas. Espero que mi balcón sea para ustedes un club. Pueden usar las macetas para dormir la siesta, pero no para poner huevitos.

Con cariño,

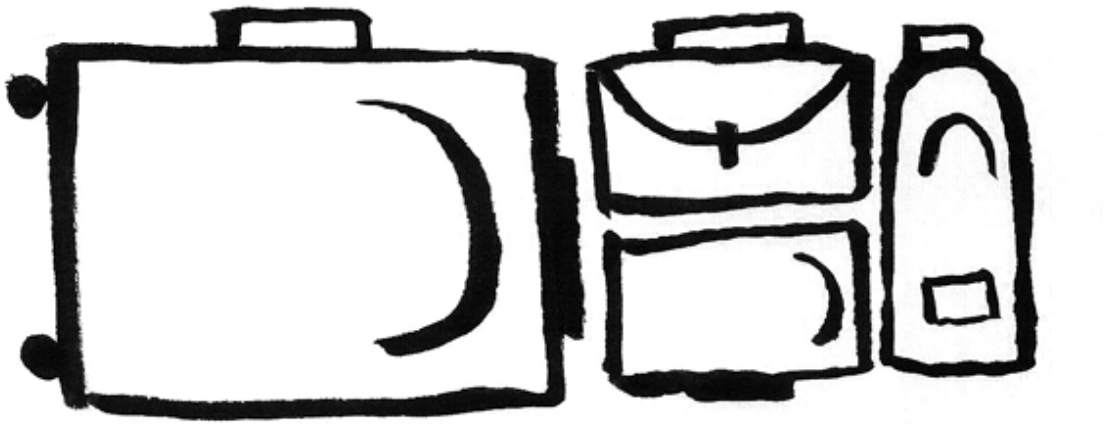
Señorita Rosa

Los pichones querían que me sentara en el asiento del copiloto pero me negué. Margarita se sentó a mi lado y dejamos que Renata fuera adelante. El Siamés manejaba bien, era prudente y controlaba desde los espejos lo que hacían los autos de atrás. Se notaba que Renata trabaja en una agencia de viajes, hablaba de distancias con mucha precisión. Se notaba también que si fuera maestra sería insoportable. No dejaba disfrutar del paisaje, todo el tiempo quería que escucháramos su voz. No debe tener muchos amigos Renata, le cuesta la conversación. Cuando era mi alumna interrumpía las explicaciones y me desafiaba a resolver cuentas sin la calculadora. Las porteras me contaron que a la salida la buscaba el abuelo, era un señor elegante, encantador. De sus padres se decían todo tipo de historias: que eran alcohólicos, que estaban exiliados, que eran hippies y se habían quedado en el sur. Imagino que era peleadora porque necesitaba cariño. Con la edad mejoró, pero todavía quiere tener siempre la razón.

El baúl del Siamés era chico, alcanzó justo el lugar para nuestro equipaje. Mi bolso y el de Margarita tenían el mismo tamaño, eran rectángulos modestos. El Siamés llevaba una mochila compacta, parecía un monolito. Renata llevó una valija con ruedas, de esas que se usan para veranear. La superficie de su rectángulo era igual al área que ocupaban los otros tres bolsos juntos. Tuve ganas de proponerles un acertijo, para saber si recordaban cómo calcular superficies, pero Renata hablaba sin parar y la idea se me fue esfumando.

Margarita tuvo ganas de hacer pis. Paramos al final de un pueblo, en una estación de servicio. Había una antigua torre de agua rodeada de flores. Eran altas, de un rojo especial. Nadie dudó en llamarlas rosas, pero cuando estuvimos cerca nos desorientamos. Tenían hojas parecidas a las de los repollos y no había espinas a la vista. Los capullos parecían ser amapolas. El Siamés estaba fascinado porque se veían las semillas muy cerca de la

superficie. Arrancó un capullo y lo envolvió en una servilleta. Dijo que iba a plantarlas en el patio de su casa. Imaginé que no eran rosas ni amapolas, sino una especie salvaje que iba a ir invadiendo una a una sus macetas. Margarita volvió de la estación de servicio con bombones para todos.



La llave del departamento estaba en un casillero que abrimos con un código. Me pareció un sistema muy moderno. Mi habitación era un sueño: tenía un baño solo para mí y una ventana que daba al mar. Renata y Margarita se acomodaron en un cuarto con dos camas chiquitas y el Siamés convirtió en cama al sillón del living. La tarde estaba brillante y el pronóstico había acertado, mucho frío no hacía.

Renata propuso salir para aprovechar lo que quedaba de sol. Los pichones estaban emocionados por pisar la arena. Margarita me tomó del brazo para caminar y avanzamos lento, paseando. Los otros pichones parecían apurados, caminando todavía al ritmo de la ciudad. Lo más hermoso de estar de viaje es el cambio de velocidad. También me gusta estar en lugares donde nadie me conoce. Puedo imaginarme una vida nueva y ninguna persona sabría si estoy mintiendo. Los pichones podrían ser mis sobrinos, y yo, su tía más querida.

Nos sacamos los zapatos y la arena estaba tibia. En la playa no se veían personas, éramos los únicos. El agua iba y venía, nos atrapaba la mirada. Renata empezó a juntar tesoros: un caracol, la pinza de un cangrejo, una hebilla de plástico. Nos sentamos en unas piedras que formaban asientos naturales. Margarita estaba un poco ansiosa por la presentación de su libro. No tenía amigos en Mar del Plata y sospechaba que nadie iba a ir a la librería. Menos mal que vinieron ustedes, nos dijo. Le dimos ánimo y opinamos que seguro iría gente.

Renata volvió espantada: había un ratoncito muerto sobre la arena. Un gavilán empezó a volar en círculos, vimos todo desde la platea de las piedras. Después de un ratito bajó y empezó a vaciarlo. Le fue sacando lo que tenía adentro. Se veía concentrado y hambriento. Pobre ratón, me daba pena pensar que estaba muerto, parecía dormido. No muy lejos sobrevolaban dos gavilanes más, eran sus padres. De vez en cuando le hacían preguntas. El

gavilán joven comía y después miraba hacia arriba. ¿Está rico? Comelo todo, le decían. El jovencito tardaba cada vez más. La madre bajó a mostrarle, hacé así, así con el pico, le decía. El joven se quejaba de que el ratón no era rico. Aparecieron dos caranchos y sus ojos estaban rojos. La madre se puso furiosa. Tardaste tanto que llegaron los caranchos, rezongaba. La familia de gavilanes escapó rápido hacia el centro. Los caranchos me dieron impresión, giré para no ver más la escena.

El Siamés dijo que la noche estaba perfecta para comer pastas. Renata opinaba que era mejor plan comer pescado en el puerto. Cuando me preguntaron a mí, dije que quizás podíamos buscar un lugar que hiciera las dos cosas. Según Renata, era una pésima idea, porque los lugares con menú tan amplio tienen malos cocineros. Margarita le llevaba la contra y opinaba igual que yo. Cuán malas pueden ser unas rabas en Mar del Plata, van a estar bien, decía Margarita. Me pareció ridículo que discutieran por eso, pero como no soy su mamá y ya no soy la maestra, no quise interceder. Pensé que los pichones habían quedado exaltados después de ver a las aves carroñeras. No todos los pájaros transmiten calma cuando los mirás.

Los chicos no se ponían de acuerdo, parecían niños otra vez. Renata y el Siamés se peleaban mucho cuando eran mis alumnos. Una vez tuve que separarlos. El Siamés le había escondido la cartuchera a Renata, que estaba furiosa. Cuando entré al salón, todo el curso los rodeaba, los gritos me ensordecieron. Se acabó, le devolvés ya su cartuchera, le dije al Siamés. Renata abrió el cierre para comprobar que estuvieran sus útiles. Mientras yo seguía retando al Siamés noté que la cara del resto de los chicos se transformaba. Detrás de mí estaba Renata, con una tijera, cortándome un rulo. Los chicos se agarraban la cabeza. Cuando me di vuelta pude verla: tenía la tijera en una mano y un rulo en la otra. Nunca me había pasado nada igual. No quería que los pichones me vieran llorar, salí apurada del salón. Me encerré en la sala de maestras y tenía tanta angustia que no lograba contarle a las porteras lo que había pasado. No lloraba por el rulo que me faltaba, lloraba por algo más profundo. Las porteras exprimieron unos pomelos ácidos para que recobrara energía. Me sequé las lágrimas,

tomé el jugo y me arremangué el guardapolvo. Entré al salón con mi cara más seria y llevé a Renata y al Siamés a la dirección.

¿Por qué le cortaste un rulo a la señorita Rosa?, le preguntaba la directora. Renata no podía explicarlo. Decía que había sido un impulso, que estaba enojada con el Siamés y se había desquitado conmigo. ¿Dónde está el rulo? No podés quedarte con el rulo, lo tenés que devolver, decía la directora. El Siamés se tapaba la boca para esconder una carcajada. Era cómico pero yo estaba tan triste que se me seguían cayendo las lágrimas. Renata sacó del bolsillo mi rulo aplastado y me lo dio. Me pidió disculpas pero muy convencida no estaba. Al día siguiente dejó una carta sobre mi escritorio.

Señorita Rosa:

Su pelo es hermoso y usted es buena conmigo aunque me porte siempre mal. Le corté un rulo para tener algo suyo cerca. No quise hacerla llorar.

Desde ese incidente empecé a atarme el pelo para dar clases. Hasta el día en que me jubilé.

Renata se dejó convencer y fuimos a un restaurante que cocinaba pasta y pescado. Teníamos hambre porque el día había sido muy largo. Todas las opciones me parecían tentadoras, era difícil decidirse. Margarita propuso pedir varios platos y compartir. Margarita es mi alumna más inteligente, siempre tiene las mejores ideas. El Siamés estaba de acuerdo y les pedí que eligieran por mí. Empecé a disfrutar la sensación de no ser la maestra que toma las decisiones. Renata no quiso compartir con nosotros, prefirió pedir algo para ella sola. Cuando empezaron a llegar nuestros platos noté en su mirada que estaba arrepentida. Probá un poquito, pasame que te sirvo, le dije. Terminamos compartiendo todo, el plato de ella también. Renata me hace acordar a Norma, podrían ser parientes. Son parecidas de temperamento, hay que hacer un esfuerzo para quererlas y después te encariñás.

El Siamés me llenaba la copa de vino sin que yo se lo pidiera. Repetía que estábamos de vacaciones y que al día siguiente podíamos dormir. Creo que se divertían con mis ocurrencias porque el vino me desenredaba la lengua. Me sentía como los gorriones cuando les doy demasiadas migas de budín. El Siamés se divertía con las historias de mis novios. Contanos otra vez del ingeniero que quería ser chef, me rogaba. Les conté del ingeniero, del bromatólogo, del señor del ministerio que era casado, del kiosquero, todo les daba risa.

¿Nunca saliste con alguien de la escuela?, me preguntó Margarita. Los pichones pusieron ojos de pícaros. Ellos eran chiquitos pero se daban cuenta de todo. Leonardo era el profesor de gimnasia, los chicos lo amaban, su clase era la más divertida. A veces entraba al salón y decía: Señorita Rosa, no les pida ejercicios muy difíciles que después quedan sin energía para correr. Los alumnos empezaron a rumorear que éramos novios y las porteras me llenaban de preguntas. No se parecía a Sandro, era rubio. Los rubios nunca

me gustaron, pero Leonardo tenía algo especial. Las porteras tenían muchos apodos para él: el Churro, el Soltero, el Gimnasta. El Churro estuvo preguntando por vos ayer, me decían las porteras. Y de a poco me fueron sembrando ideas en la cabeza. A Leonardo le hacían lo mismo, le decían que yo había comentado que era lindo. Pienso que las porteras eran las dueñas de la escuela, más poderosas que la directora. Haciendo esas cosas se divertían.

Tanto insistieron con las preguntas que empecé a ponerme nerviosa cuando lo veía. Y cuando empecé a ponerme nerviosa no entendí esa emoción y pensé que era porque me gustaba de verdad. Pero cuando nos quedábamos solos la conversación no era buena. Yo sospechaba que eso podía ir mejorando con el tiempo, cuando lo conociera más. Después de meses de coquetería me invitó a tomar un café. Fuimos a un bar a la salida de la escuela, no era una cita de verdad. ¿Pero te dio un beso?, quería saber Renata. Me apuraba porque ella no tenía paciencia para escuchar. Sí, me dio un beso y fue un beso espantoso, le contesté. La sensación no había sido linda, como si su boca y la mía fueran dos frutas que combinaban mal. Algo de su barba me dio alergia y en la piel me salió un sarpullido. Se me puso tan roja la cara que tuve que ir al médico. La siguiente salida fue un poco mejor, me pasó a buscar un domingo a la tarde y fuimos a tomar un helado. Leonardo pedía los sabores de helado que yo jamás elegiría: arándanos y melón. ¿Y esa vez los besos fueron lindos?, preguntó Margarita. Antes de contestarle me empecé a reír. La risa se fue contagiando y los pichones hacían un escándalo, parecíamos las cotorras de la araucaria. Los mozos eran curiosos y estaban cerca escuchando mis historias. Casi todas las mesas se habían ido. Uno de los mozos nos acercó unos vasos en miniatura y una botella de limoncello. Estaba fuerte y me hizo arder la garganta, pero era tan dulce que me daban ganas de seguir hablando. ¿Qué pasó con el Churro, Rosa?, quiso saber el Siamés. Yo no podía contestar, cada vez que intentaba hablar se me achicaban los ojos y empezaba a reírme. Entonces los pichones sacaban sus propias conclusiones:

El Churro tenía ácida la saliva, dijo Renata.

El profe de gimnasia nunca había estado de novio, pensaba el Siamés.

Le habrá dado pudor saber que la escuela estaba pendiente del romance, dijo Margarita.

Sus ideas me parecían graciosas y les di la razón en todo. Al vaso de limoncello le agregué unas gotas de limón que había sobrado de la cena. Reforzaba el efecto, mi lengua estaba encantada. Este vaso de licor es más rico que el Churro, les dije. El mozo nos sirvió otra tanda y todos agregaron gotas extras de limón. Al principio hacían muecas cuando lo probaban, pero después les gustó. Soy amiga del limón, sirve para tantas cosas, es muy importante para mí, les dije. Me agota hablar de hombres, ¿por qué no me casé con un limón?

Me desperté temprano y di vueltas en la cama. Me convertí en triángulo apoyando varios almohadones contra la pared. Imaginé unas medialunas brillantes y ya no pude pensar en otra cosa. Me vestí en silencio para no molestar a los pichones. Salí de la habitación con los zapatos en la mano. Pensé en dejar una nota avisando que iba a desayunar, pero recordé que ya no soy su maestra ni soy su mamá, no tengo que contarles cada movimiento que haga.

Encontré una confitería frente al mar y me senté en la mesa de la ventana. La moza era simpática, me llevó un café con la espuma perfecta y dos medialunas. Mientras comía pude ver un pajarito que tomaba agua de un charco, estaba desayunando él también. Me pareció que los ojos me engañaban pero después de un ratito estuve segura: era un estornino pinto. ¿Desde cuándo hay estorninos en Mar del Plata?, le pregunté a la moza. Pero ella no supo decirme.

El estornino ya no tomaba agua del charco, pero miraba su propio reflejo. Se quedó inclinado sobre el agua y giraba la carita, para un lado y después para el otro. Habrá querido arreglar sus plumas, era un estornino coqueto.

La mañana es el mejor momento del día, es más fresca, es distinta. Hay mesas libres en los bares y los chicos están en la escuela, no se los ve por la calle. Cuando me jubilé no entendía qué hacer por la mañana. Estaba acostumbrada a llegar temprano a la escuela, exprimía naranjas para mis compañeras, charlaba con las porteras y después iba a recibir a los pichones. Me gustaba esperarlos en la entrada, así podía saludar a sus padres. Algunos llegaban en bicicletas medio destartaladas, otros tenían autos de muchas puertas. Margarita se bajaba del colectivo en la esquina y corría media cuadra hasta la escuela. La mandaban sola en colectivo. En ese momento la calle no era tan peligrosa como ahora.

Cuando me jubilé me pareció que al día le habían agregado horas, no

entendía cómo usar tanto tiempo. Tomar café y mirar por la ventana de un bar fue la primera actividad que empecé a repetir. Primero iba solo los sábados, después también los jueves, y al tiempo ya estaba yendo casi a diario. Con Norma nos conocimos así, en el bar oscuro de nuestra cuadra. Porque no siempre fuimos amigas. Ella me saludaba cordialmente en el ascensor, pero yo vivo en el segundo piso, era un viaje muy corto y no nos daba tiempo para conversar. Cuando coincidíamos en el bar nos quedábamos charlando por horas. Ella todavía trabajaba, hasta que le dio la enfermedad de la vista. Era administrativa en una empresa y empezó a tener muchas dificultades. Se equivocaba en los números, las facturas estaban mal hechas y transfería los sueldos todos mezclados. Le pidieron una jubilación anticipada por su problema de salud. Ahí empezó a amargarse, su humor cambió mucho. Voy a llevarle de regalo una caja de alfajores, siempre tuvo pasión por el azúcar.

Si no va nadie no pasa nada, repetía Margarita a cada rato. El día entero estuvo nerviosa pensando en la presentación del libro. Nos turnábamos con los pichones para darle aliento. Renata había reservado un paseo en barco, fuimos hasta el puerto en taxi porque el Siamés no quería manejar. Renata tenía el día organizado en una grilla que miraba en su teléfono. Pensaba que con esas actividades Margarita iba a distraerse.

Al lado del barco dormían la siesta unos lobos marinos. Había uno gigante, imaginamos que era el abuelo de todos. Estaba inquieto, tenía el sueño liviano y todo le molestaba. Los lobos jóvenes se resbalaban y caían al agua a cada rato. Cuando querían volver a subir, el abuelo largaba unos sonidos horribles. A los jovencitos mucho no les importaba, seguían resbalando y trepando, y así pasaban el día.

Cuando se formó una fila larga nos dejaron subir al barco. Elegimos sentarnos en la proa, en unos asientos acolchados. Había un piso superior pero la escalera era tan empinada que me dio miedo. Una puerta llevaba a un salón con mesas, pensamos que solo debía usarse en días de lluvia. El tiempo ya se sentía primaveral. Nos quedamos todos en silencio y con los ojos cerrados, apuntando en la dirección del sol. Cuando el barco empezó a moverse el viento se multiplicó. Tenía un pañuelo de seda en el bolso y lo até para que me sostuviera el peinado. Margarita me dijo que estaba hermosa, que parecía una actriz de película. Imaginé que en la película también podría actuar Sandro, podría ser el capitán del barco. Me perdí por un ratito componiendo escenas: Sandro girando el timón, anclando en una isla desierta, desanudando mi pañuelo y hundiendo sus manos en mi pelo.

Renata estaba un poco mareada por el movimiento y fue a la parte cubierta. El Siamés parecía hipnotizado por el agua, que empezaba a cambiar de color. En la costa era marrón y gris, un tono difícil de descifrar. A medida que el barco fue avanzando el color se transformaba, hasta que en

un momento se afianzó en un verde esmeralda precioso. Tengo un cajón lleno de lana verde, debe haber algún ovillo parecido al color del mar. Margarita fue a ver si Renata estaba bien. Como no volvían, el Siamés me propuso ir a buscarlas. Entramos a la parte cubierta pero las pichonas no estaban en ninguna mesa. Al final del salón había una escalera que conducía hacia otro piso. No había notado que el barco era tan grande, me impresionó. El Siamés me dio la mano para bajar las escaleras. Llegamos a un salón alfombrado, con ventanas circulares a la altura de nuestros ojos y una barra donde dos chicas preparaban tragos. Renata ya no se sentía mal, tenía una copa en la mano y bailaba con Margarita. Las dos se alegraron al vernos.

Las pichonas bailaban al ritmo de Camilo Sesto. *Vivir así es morir de amor,* cantaban en coro. Eran las únicas, parecía una fiesta privada. El Siamés me convenció para que bailara con él. El estribillo era tan pegadizo que no queríamos que se terminara la canción. El efecto de bailar sobre el piso alfombrado de un barco en movimiento era extraño. Al principio sentí que iba a darme náuseas, pero logré acoplar mis pasos al ritmo de las olas y todo mejoró. El resultado era una danza delicada, en cámara lenta, con los pies pegados al piso y moviendo solo hombros y caderas. El Siamés, en cambio, daba unos saltos sin explicación, que no tenían mucho vínculo con la música. Renata y Margarita inventaban figuras con los brazos, como un baile flamenco improvisado. El Siamés se acercó a la barra y volvió a la pista con una bolsa de papitas y dos copas. Era un vermut dulce con una aceituna clavada en un palito. Seguimos bailando cada uno en su lugar y entre los cuatro formábamos un círculo. La bolsa de papas fue pasando de mano en mano hasta que no quedó nada. Las chicas de la barra nos sonreían. Debe haber sido lindo de mirar: una danza sin coordinación en un barco vacío. Imaginamos que el resto de los turistas estaban en la cubierta, sin saber que abajo había una fiesta.

Cuando el barco llegó a alta mar el balanceo se volvió más brusco. Primero nos acercamos a la barra para apoyar los codos pero pronto tuvimos que buscar asientos para no caernos. Desde las ventanas pudimos

ver de frente la ciudad. Mar del Plata se veía lejana y hermosa. Tratamos de adivinar dónde estaba nuestro departamento pero no tuvimos éxito.

La vuelta fue más rápida, navegamos en paralelo a una escollera y las olas empezaron a disminuir su intensidad. En el muelle nos esperaba un pichón fuerte que amarró el barco con mucha destreza. Los lobos marinos seguían durmiendo su siesta intermitente.

Antes de ir a almorzar frenamos en la puerta vidriada de un edificio para acomodar nuestros peinados. El mío se veía bastante bien, el pañuelo me había protegido. Margarita estaba nerviosa y quería comer algo liviano. Intentamos en vano ir a dos restaurantes, todo estaba completo. Se había hecho tarde y ya empezaban a cerrar las cocinas. Las piernas me dolían y creo que los pichones lo notaron, porque propusieron ir a una cafetería que no tenía nada de especial, pero quedaba cerca.

Como no había tantas opciones volvimos a desayunar. Margarita se alegraba porque la digestión iba a ser más sencilla. La moza nos trajo un vaso de jugo a cada uno. Parecía de naranjas verdaderas pero cuando lo probamos nos decepcionó. Tenía sabor artificial y era tan dulce que nadie pudo terminarlo. El Siamés se puso nostálgico recordando el árbol multifrutal de la escuela. Pensaba que nunca había probado jugos tan ricos como los que se exprimían en la sala de maestras. ¿Todavía dará frutas el árbol de la escuela?, preguntó Renata. Acordaron que para el próximo aniversario de su graduación iban a ir al acto de agasajo, solo para llenar sus bolsos de naranjas.

El teléfono de Margarita empezó a vibrar sobre la mesa, le habían llegado muchos mensajes juntos. Cuando los leyó se agarró la cabeza. Era la señora de la editorial para avisarle que el entrevistador estaba enfermo y no iba a poder presentarla. Margarita se puso nerviosa y empezó a decir que quería cancelar el evento. Le dijimos que respirara hondo, que seguro alguien iba a poder reemplazar al entrevistador. El Siamés propuso preguntarle a alguno de los libreros y todos pensamos que era una buena idea. Margarita estaba tan inquieta que tardaba mucho en escribir cada mensaje. Renata le sacó el teléfono de las manos y dijo que ella iba a encargarse. Intercambió mensajes en silencio con la señora de la editorial. Solo de vez en cuando nos contaba algún fragmento de la conversación: los libreros no leyeron el libro, no se les

ocurre un reemplazante. Margarita insistía en suspender la presentación, pero a todos nos daba pena, habíamos organizado el viaje para acompañarla. Renata hacía algunos gestos con la cara pero no podíamos descifrar qué estaba pasando. Sus dedos escribían a toda velocidad. Después de un suspiro de satisfacción dejó el teléfono sobre la mesa. Todo solucionado, el libro lo presenta la señorita Rosa, nos dijo.

Al principio me quedé helada, pero en el fondo me pareció una idea estupenda. Siempre fui buena haciendo preguntas y además era la única que había leído el libro. El Siamés opinó que yo podía ser una gran entrevistadora, pero si no se me ocurrían ideas ellos levantaban la mano para improvisar alguna pregunta. Margarita se fue calmando y recobró el color de la cara. Dijo que no había nadie más indicado para presentar a la señorita Violeta que la señorita Rosa.

Me alegré de no haber comido nada pesado porque empezaban a darme nervios a mí también. La librería era preciosa, desde la calle miramos cómo acomodaban las sillas. Cerca de la vidriera se veían dos sillones y, más atrás, algunos bancos y sillas para la gente. No había tanto espacio, imaginé que podía ser como hablar para un curso pequeño, de veinte alumnos. Cuando era practicante y daba mis primeras clases me temblaban las piernas. Las tizas se resbalaban por la transpiración de mis manos. La directora de la escuela lo notó, y después de una clase se acercó para conversar. Los alumnos se dan cuenta de tus nervios, Rosa, me dijo. Ella pensaba que si una maestra entraba titubeando a un aula nunca iba a conseguir la atención de los chicos. Vos te parás al frente del salón y los mirás a los ojos. Y cuando no sepas cómo seguir, les hacés preguntas para que hablen ellos, me aconsejó.

Margarita conversaba con los libreros y de a poco empezó a llegar gente. El Siamés y Renata me decían cosas lindas para darme coraje.

Decinos, Margarita, ¿Cuándo supiste que ibas a ser escritora?

Recordaba que la señora de la editorial había comenzado así la presentación y decidí copiarla. Margarita empezó su respuesta mencionando mis clases. Contó que yo le enseñaba matemática de una manera singular. Le daba mucha importancia a los colores y a las figuras geométricas que iban llenando los cuadernos. Dijo que le hablaba de los triángulos como si fueran mis parientes y que eso empezó a darle todo tipo de ideas. Primero fueron dibujos con marcadores, o con papeles de colores. Después los dibujos empezaron a tener una descripción que los acompañaba. Margarita contaba que dibujaba los fines de semana y me los mostraba los lunes, antes de que empezara mi clase. Parece que un día le dije que eso era un poema y la alenté a seguir escribiendo. Tuve miedo de empezar a llorar, porque sentía que los ojos se me achicaban. El Siamés y Renata nos sonreían desde las primeras sillas. La librería se había llenado y la emoción que sentía fue

tapando los nervios.

Mientras Margarita hablaba, imaginé que me convertía en una entrevistadora de la televisión. Desde su casa, envuelto en una bata roja, Sandro iba a frenar en nuestro canal. Dejaba de hacer zapping porque algo en mí le llamaba la atención: mis ojos, o la inteligencia de mis preguntas. Fantaseando con la mirada de Sandro me sentía más segura. Me acomodé en el borde del sillón, puse la espalda bien derecha y empecé a hacer mis propias preguntas. Ya no tuve que copiarle a la señora de la editorial, las ideas venían solas a mi mente, casi sin esfuerzo. Hice preguntas sobre su infancia, sobre los parientes que aparecen en el libro. ¿Alguno se habrá enojado por aparecer en una novela?, quise saber. Margarita se agarraba la cabeza y confesó que todavía no le había contado a sus tías, le preocupaba que alguna se ofendiera. Igual todas tienen sus nombres cambiados, contestó. Me entretuve indagando en los límites entre el chisme y la ficción y la gente se reía a carcajadas. También opiné que a la protagonista le faltaba un romance apasionado, con besos en rincones oscuros. Margarita estaba de acuerdo y entre las dos empezamos a imaginar cómo podría ser ese hombre, un pichón sensible pero fuerte, inteligente y con algún oficio particular. Yo opinaba que tenía que ser director de orquesta, pero Margarita prefería un bibliotecario. Tanto avanzó el romance en nuestra conversación, que alguien del público pidió que saliera pronto la segunda parte del libro.

Margarita parecía encantada, se sorprendía de mi cuestionario. Nunca había pensado en eso, Rosa, repetía a cada rato. Me sentía inteligente, las ideas se formaban en mi mente a toda velocidad, como una científica que resuelve un teorema en un pestañeo. El Siamés se emocionó cuando hice una reflexión sobre la importancia de alentar a los chicos a dibujar, a escribir poemas, a decorar sus cuadernos con colores. ¿Serás escritora gracias a mis consejos?, pregunté. Margarita se estiró para tomar mi mano. Por supuesto, Rosa, me contestó.

Conversamos hasta que no quedó tema por tocar. Al final, todos los asistentes nos aplaudieron. Margarita firmó varios libros. El Siamés me abrazó y opinó que podía dedicarme a hacer entrevistas de manera

profesional. Los libreros también me felicitaron. Me hicieron preguntas sobre mi vida, eran pichones muy simpáticos. A ver si te animás a escribir tu historia, Rosa, me dijeron. Les contesté que lo iba a pensar.

Cuando salimos de la librería todavía quedaba luz. Se notaba que los días se estaban alargando. Caminamos algunas cuadras y al llegar a una plaza un sonido nos desconcertó. Parecía que un árbol estaba cantando, el rumor era cada vez más intenso. Otras personas también frenaron para mirar qué pasaba. Les dije a los pichones que buscáramos un banco para convertirnos en triángulos. ¿Qué pasa, Rosa? ¿Por qué canta el árbol?, me preguntó el Siamés. Me senté en el borde del banco de madera y apoyé la nuca para hacer un triángulo escaleno perfecto. Les pedí que me copiaran y que tuvieran paciencia. El árbol era un cedro, debía estar en esa plaza desde hacía décadas. ¿Qué es ese murmullo?, quería saber Renata. Ya van a ver, calma, les decía yo. Los pichones se inquietaban, no sabían esperar. El banco era incómodo, extrañé la reposera, con su soporte ideal para mi espalda y los apoyabrazos en la altura justa.

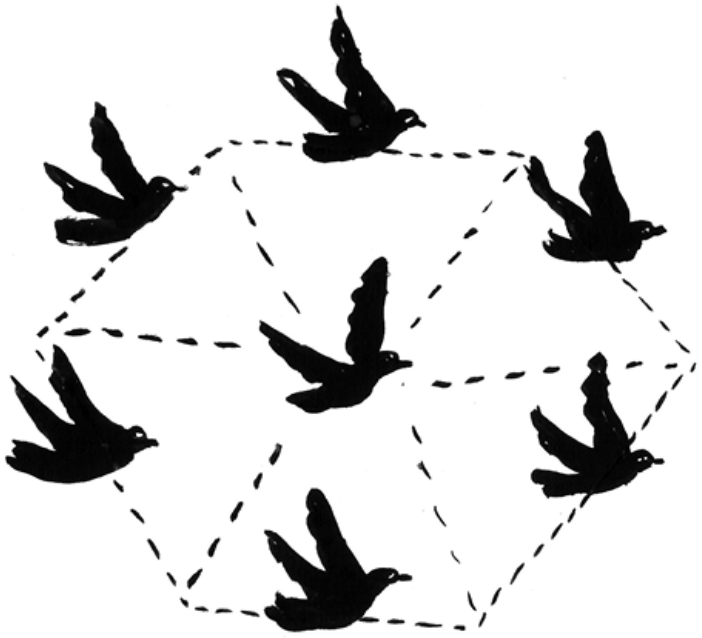
La copa del cedro empezó a agitarse, como si la tierra estuviera temblando. Después de la sacudida, con una potencia increíble, el cedro expulsó una mancha negra. Eran cientos de estorninos que empezaban su función de la tarde. Los pichones me miraron sorprendidos, querían saber por qué volaban juntos los pájaros. Los estorninos empezaron a dar vueltas sobre el cielo de la plaza. Parecían un solo pájaro gigante, se movían de manera coordinada, con mucha precisión. Hacían giros vertiginosos, esquivando los edificios y las antenas. Las personas frenaban para grabar videos y sacar fotos. Era hermoso mirar a los estorninos volando.

Margarita me hacía todo tipo de preguntas, se había convertido en entrevistadora. ¿Cómo hacen para no chocar? ¿Por qué vuelan agrupados? ¿Quién decide el dibujo que van a formar? Fui contestando de a poco, pero no sabía todas las respuestas.

Científicos, matemáticos y ornitólogos estudian el baile de los estorninos desde hace años, pero no terminan de descifrarlo. Parece que salen antes de

ir a dormir, cuando cae el sol. Empiezan su coreografía para despistar a los caranchos o a los gavilanes que quieren atacarlos. Los movimientos generan remolinos en el aire que protegen a cada pájaro de la bandada. El Siamés quiso saber si había un líder al que todos seguían. Todavía nadie pudo entender ese misterio. Algunos científicos dicen que los estorninos no tienen jefes. Se guían por el sonido de su canto, por eso se siente el escándalo tan fuerte antes de que empiece el baile: es cuando hacen los planes. Una vez en el aire, se comunican por sus voces y por una fórmula matemática. La fórmula de los estorninos es también un enigma. Unos científicos italianos descubrieron una porción de la respuesta. Según ellos, el secreto es el número siete. Los estorninos no siguen a un líder, sino a los siete estorninos que tienen alrededor. Entonces la información circula a gran velocidad. Si se acerca un carancho, los siete estorninos más próximos al peligro le comparten la noticia a otros siete cada uno, y estos continúan la misión de avisar a siete más. En milésimas de segundos la bandada entera está al tanto de todo lo que pasa. ¿Se darán cuenta de lo hermoso que es su baile?, preguntó Renata. No estoy segura de cómo lo percibe cada pájaro. Imagino que los estorninos notan que su danza es especial.

El Siamés grababa videos para mandarle a su novio. Pero no creo que en un video pueda verse la belleza del baile. Formaron prismas, cilindros y cubos. La sucesión de formas nos hipnotizaba. Los estorninos tienen plumaje iridiscente, entonces con cada movimiento se generaba un fulgor, a veces verde, otras veces violeta. Las figuras geométricas se fueron suavizando, los movimientos parecían tranquilizarse. Con la misma fuerza del comienzo, los estorninos volvieron al cedro. El cielo quedó despejado, pero en la copa del árbol continuaba el canto. Seguían compartiendo las repercusiones de la función. Imagino que repartían chismes, nuevos romances en la bandada, noticias de otros pájaros. El murmullo duró un momento, después llegó el silencio. La gente dejó de grabar videos, la plaza empezó a vaciarse y nosotros desarmamos los triángulos.



A la mañana siguiente desayunamos en el departamento. Margarita preparó unos mates y yo abrí la caja de alfajores que había comprado para Norma, total podía conseguir otra caja después. El Siamés recibía mensajes de amor y le mandaba a su novio fotos de todo lo que hacíamos. Margarita estaba obsesionada con el baile de los estorninos. No puede ser que hagan ese despliegue solo para confundir a los caranchos, opinaba. Siguió compartiendo teorías y dijo que, desde ese momento, los estorninos iban a ser sus pájaros preferidos. Le conté que eran en realidad una plaga, habían llegado al país de manera imprudente, por alguien que soltó una pareja. Se reprodujeron tan rápidamente que empezaron a desplazar a otras especies, ocuparon los nidos de los zorzales y los benteveos. Margarita se iba entristeciendo. De todas formas su coreografía es hermosa, y deben bailar para divertirse, opinó.

Renata nos apuró para que guardáramos los bolsos en el baúl. El Siamés volvió a hacer fuerza para que entrara todo. Dejamos el auto en un estacionamiento y las llaves del departamento otra vez en el casillero.

Fuimos a visitar la casa de Victoria Ocampo, era la última actividad de la grilla. La casa se veía preciosa desde afuera, pero cuando entramos nos decepcionó. Estaba vacía, no quedaban muebles, solo los empapelados en la pared. Era un empapelado divino, se veían pájaros y flores entrelazados, del piso al techo. Intentamos imaginar la casa en su momento de esplendor, con Victoria recibiendo visitas de amigos del mundo entero, tomando té en la sombra de la galería. En el piso superior pudimos ver los únicos muebles que quedaban, en el baño y el dormitorio. Se notaba que el museo no estaba muy bien conservado. Había fotos colgadas que se habían ondulado por el sol y carteles con una letra incómoda de leer. Igual nos detuvimos en un poema de Victoria que estaba impreso sobre un papel amarillo:

Amo esos días de verano donde el sol cálido brilla,
el pájaro vuela borracho de luz y gorjea,
las flores perfumadas lo embalsaman todo y el prado es tan verde!

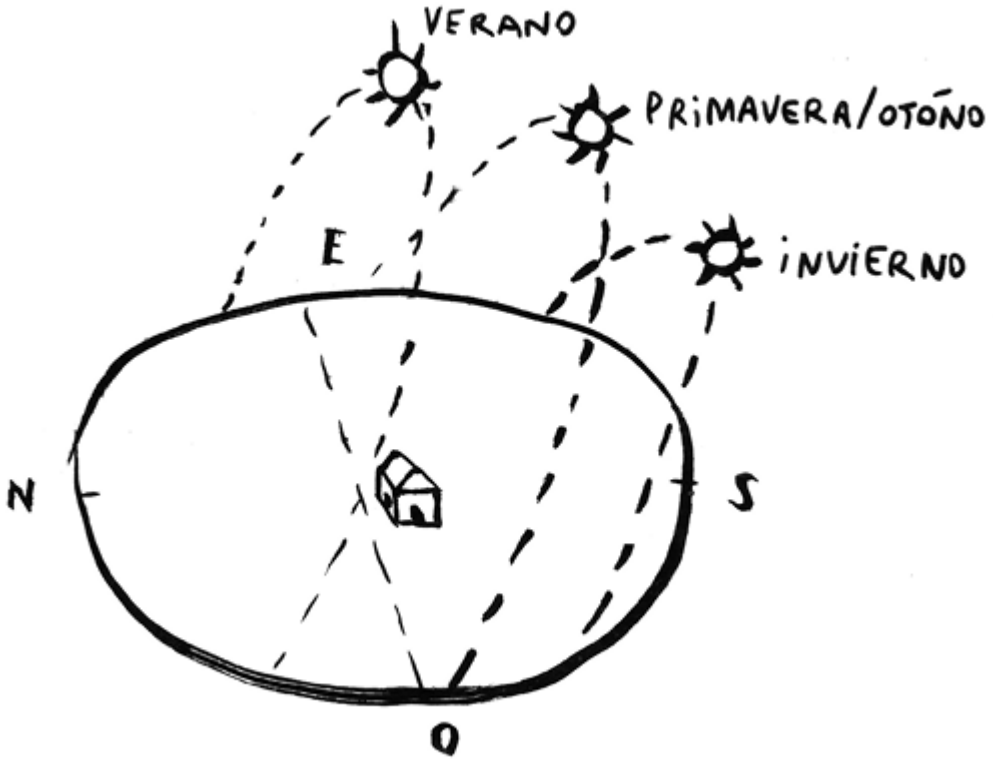
Una señora nos dijo que el sector que se mantenía más fiel a su versión original era el jardín. Salimos y nos impactó el tamaño de la planta de lavanda. Margarita pidió que la rodeáramos, por si había cámaras. Con una mano abrió su bolso y con la otra cortó un ramo grande de lavandas. El perfume que desprendió nos hizo suspirar. Dijo que Victoria era una de sus escritoras favoritas y quería llevarse un recuerdo. Dividió el ramo en cuatro y nos dio un manojo a cada uno. Cierren los ojos y pidan un deseo, Victoria se los va a cumplir, murmuró.

Cuando salimos, perdido en el medio de la vereda, vimos un fajo de billetes. Renata pensaba que Victoria ya estaba cumpliendo nuestros deseos, y se reía contenta. Estuvimos de acuerdo en usar ese dinero para el almuerzo. Encontramos un lugar que vendía sopas y tartas, la comida parecía casera, perfecta para despedirnos de Mar del Plata. Cuando fuimos a pagar quedamos maravillados: el almuerzo costó el monto exacto que habíamos encontrado.

A veces hago el budín para que se perfume la casa, no porque tenga hambre. Le toqué la puerta a Norma para que viniera a merendar. La esperé con las flores de manzanilla al lado de su taza. Dijo que me había extrañado, que los tres días le habían parecido larguísimos. Se alegró cuando le di la caja de alfajores, abrió uno y lo cortó en dos, para compartirlo conmigo. Estaba ansiosa por que empezara a contarle historias del viaje. Mientras me hacía preguntas, busqué sus macetas y las puse en una bandeja. Los pájaros no habían hecho mucho lío en mi balcón. Los platos de porcelana estaban vacíos, se habían comido todas las migas. Huevos por suerte no había. Le dije a Norma que podíamos llevar las macetas de vuelta a su casa, porque la primavera estaba llegando y seguro algunos rayos iban a entrar por la ventana. ¿Para qué quiero flores si no puedo mirarlas?, protestó. Para tenerlas cerca, para hablarles, para escucharlas, para que te hagan compañía, le respondí. Norma no estaba muy convencida. ¿Por qué entra más sol en primavera?, me preguntó. ¿Cambia el eje de la tierra? Empecé a explicarle como si estuviéramos en una clase. La tierra gira sobre sí misma, alrededor de un eje imaginario que está ligeramente inclinado. La vuelta completa tarda veinticuatro horas, eso es un día. Norma parecía encantada, me escuchaba mientras comía otro alfajor. Busqué el cuaderno para hacer dibujos y que entendiera mejor.

El movimiento de traslación es la órbita elíptica que recorremos alrededor del sol, eso provoca las cuatro estaciones. El ángulo máximo del sol es en verano, al mediodía. En invierno, el arco es más reducido, y tu casa recibe poca luz, le expliqué. Cuando empieza a llegar la primavera, por la ventana de tu cocina entran algunos rayos, todos los años te alegrás cuando aparecen, le dije. Norma no se acordaba. A pesar de los dibujos, no terminaba de entender cómo era posible que los días cambiaran tanto. La confusión le dio ganas de volver a hacer la escuela primaria. Me dijo que, si

la repitiera, le gustaría que yo fuera su maestra.



Nota de la autora

Agradezco a mi sobrina Margarita Laborde por permitirme usar su poema, atribuido a Margarita en página 34.

Sobre la autora

María Luque nació en Rosario, Argentina. Es dibujante, escritora e ilustradora editorial. Ha publicado *La mano del pintor* (Sigilo, 2016), *Casa transparente* (Sexto Piso, 2017, ganadora del primer premio de novela gráfica Ciudades Iberoamericanas), *Espuma* (Galería, 2018), *Noticias de pintores* (Sigilo, 2019) y la novela *Corazón geométrico* (Sigilo, 2022).

Índice de contenido

Portada
Nota de la autora
Sobre la autora

Luque María
Budín del cielo / María Luque. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Sigilo, 2025.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-631-90658-7-9

1. Novelas. 2. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© María Luque, 2025
© Editorial Sigilo, 2025

Arte de tapa: María Luque
Diseño de portada: Sonia Basch
Ebook: Tomás Caramella

Primera edición en ebook: febrero de 2025
ISBN: 978-631-90658-7-9

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Queda prohibida la reproducción total o parcial
de esta obra sin la autorización por escrito del editor.

Editorial Sigilo SRL
Pedro del Castillo 549 8° C
(C1414AWK), Buenos Aires, Argentina
sigilo@sigilo.com.ar
www.sigilo.com.ar

Sigilo editorial S.L.
Madrid
info@sigilo.es
www.sigilo.es



Verdad, misterio, locura y maravilla